

SOPLA
QUE QUEM



DRPS
FA
671

UNIVERSITAT D'ALACANT
Biblioteca Universitaria



0500767837



SOPLA

QUE QUE

Ex Libris



Russell Perry Schold III

35
1

FL DPTS FA 10671

0500767837

1800
9910

ISOPLA QUE QUEMA

Características de la

ISOPLA QUE QUEMA!

MADEIRA - 1840

Impreso en el Establecimiento de la Imprenta

LIBRERIA MADRILENA
BASSOLS & C.
CALLE de ANUMADA
SANTIAGO

¡SOPLA QUE QUEMA!

Estravagancias poéticas

DE

DON MANUEL AZCUTIA.



MADRID.--1846.

Imprenta de don Francisco Sales de Fuentes,
Calle de la Luna, num. 6.

ISOLTA QUE QUEMA!

ESTADO DE LA UNIÓN

MISERABLES

Pero mi musa, bachillera eterna,
 Como debil muger, se inquieta y salta
 Si en agenos negocios no se interna

 Siempre á morder ó censurar se inclina,
 Y á la tonta le pega lo censora
 Como á un padre prior la carabina.
Arriaza.



MADRID - 1888

Imprenta de don Francisco Sales de Fuentes
Calle de la Lanza, núm. 6.

EL AUTOR AL LECTOR.



SONETO.

MUSA.

Del vértigo fatal de la poesía
 Que cual fiebre epidémica aparece,
 Al contagio voraz que hoy se padece
 Cede tambien al fin la musa mia.

Cunde la bibliográfico-mania,
 Y tal Madrid en literatos crece,
 Que cada esquina sin cesar ofrece
 De libros mil carteles á porfia.

En cuanto á mí, sin otras pretensiones,
 Carísimo lector, que tu indulgencia,
 Resuélvome á ofrecerte estos renglones:

Si te enojan y pierdes la paciencia,
 Ten en cuenta mis buenas intenciones
 Y que mas pierdo yo con tu sentencia.



SALTOS DE UNA PULGA.

POEMA.

I.

«No te habrás de escapar, pulga importuna,
Aunque pegues mas saltos que un cabrito,
Y en los pálidos cuernos de la luna
Te llegues á plantar; que tu delito,
Sin que salvarte pueda treta alguna
Intento castigar, vicho maldito,
Y has de morir, villana, entre mis uñas
Por mas que refunfuñes y que gruñas.»

II.

Asi grité furioso como un gato,
Bramando como un toro jarameño
A una pulga feroz que sin recato,
Queriendo hacer con infernal empeño
De mi sangre y mi piel sabroso plato,
Turbaba sin cesar mi dulce sueño,
Clavándome sus dientes atrevidos
En parages vedados y escondidos.

III.

Era una noche propia de verano,
Si bien esto á mi historia importa poco:
Enciendo mi candil, alzo la mano
Y cual zorra en acecho me coloco:
Llega y muerde mas fiera que un alano,
Le descargo furioso como un loco,
Salta, se escapa, corre fugitiva,
Pero en mi garra al fin queda cautiva.

IV.

Llorando un mar de lágrimas sus ojos
Y cruzando sus manos reverente
Ante mis plantas se postró de hinojos,
Y con voz agitada y balbuciente,
«Deponed, exclamó, vuestros enojos,
Sed humano, señor, sed indulgente
Al menos hasta tanto que sepais
A quien vais á estrujar si me estrujais.»

V.

«Pulga que sabe hablar en lengua hispana,
Por Dios, le respondí, que es maravilla,
Y préstome á escuchar de buena gana
Y el golpe á suspender de mi cuchilla.»
Saludóme ella entónces muy ufana,
Hicela yo sentar en una silla,
Dile un cigarro que encedió ligera
Y su historia empezó de esta manera.

VI.

«Yo me llamo Beatriz; nací en Ocaña
De mi padre que siendo un alquimista
Vino en cueros de Francia, y en España
El modo halló de hacerse contratista
Y puso en su crisol con tanta maña
Al gobierno *Cristino* y al *Carlista*,
Que si es verdad que vino sin calzones
Hoy no se deja ahorcar por cien millones.

VII.

De mi bendita madre, á quien Dios guarde,
Solo puedo decir que fuma en pipa,
Que hace de hermosa y de discreta alarde,
Que sus botellas de Jerez destripa,
Que juega al monte, que se acuesta tarde,
Que en el *gran mundo* su caudal disipa
Y zurra á su marido que prudente
Siempre mas de un chichon saca en la frente.

VIII.

Unica yo, mimada y consentida,
O dicho de otro modo, mal criada,
Salí desobediente, entremetida,
Coqueta, desenvuelta y descarada:
De todas mis maestras fui temida
Y de todas salí sin saber nada,
Hasta que al fin mi padre descontento
Me hizo encerrar por fuerza en un convento.

XI.

Al verme entre las monjas tan sujeta,
En ellas mismas resolví vengarme,
Y de un sayal saltando á una calceta
Buscaba con afán donde saciarme:
Mas estaban las pobres tan á dieta
Que tuve por prudencia el retirarme,
Porque en todas flacuchas y amarillas,
Ni señales hallé de pantorrillas.

X.

Era pues por lo tanto necesario
Buscar escapatoria á todo trance,
Y una tarde que entró el padre vicario
A indagar de las monjas cierto lance
Que ocurrió con un fraile mercenario,
Pensé, formé mi plan, corri á su alcance,
Asalté su bonete y como en coche
En él llegué á su casa ya de noche.

XI.

Lo primero que vi fué á su sobrina,
Muchachona de talle corpulento,
Mas robusta que el tronco de una encina,
Mas bigote en sus labios que un sargento,
Pelona, cejinegra, asaz ladina
Y roja de nariz como un pimiento,
La cual sirvió en seguida al buen abate
Un jicaron de espeso chocolate.

XII.

Era el padre tambien ancho de lomo
Y aun algo jorobado á lo camello;
Rollizo, mostetudo, un tanto romo
Con reverenda sobre barba al cuello,
Grande peluca de color de plomo,
La piel sembrada de punzante vello
Y en la barba un lunar, verruga ó grano
Como un albaricoque toledano.

XIII.

Dirijeme á la ninfa de puntillas
Cuando á dormir que se retira creo:
Se desnuda, colócase en cuclillas,
Que no mas treguas dar puede al deseo;
Observo sus macisas pantorrillas,
A su camisa de percal gateo,
Busco un pliegue y me escondo, mas ¡ay triste!
Que al fin me siente y con furor me embiste.

XIV.

En tanto que del riesgo me salvaba
Poniendo en polvorosa los tobillos,
Vi que un fantasma por la puerta entraba
Rechinando furioso los colmillos
Y era el padre vicario que llegaba
Con gorro de dormir y en calzoncillos,
Persiguiendo á un mosquito testarudo
Que le dió que rascar muy á menudo

XV.

No comeré ya mas en vuestro plato,
Esclamé para mí toda mohina:
Colgó el cura el belon de un garabato,
Refunfuñó en latin, tocó á fágina,
Durmióse la doncella á poco rato,
Pues doncella supuse á su sobrina,
Y yo que estaba allí de mala gana
A la calle me eché por la ventana.

XVI.

¡Ay, diciendo, del pobre á quien atrape!
Cruzo las calles de la heróica villa,
Siento entónces llegar un coche á escape,
Oigo á la vez una muger que chilla,
Armase en torno de ella zipizape,
Llego y hecha la enueñtro una tortilla
Que en Madrid por correr es muy frecuente
Que atropellen los coches á la gente.

XVII.

A la *puerta del Sol* me dirigia
Montada sobre un perro corpulento,
Cuando el maldito que feroz tenia
El genio adusto, discolo y violento
A un agente mordió de Policia
Sin tener á su clase miramiento,
Y cada cual gritaba: es cosa clara,
No le mordiera si bozal llevara.

XVIII.

Fara evitar preguntas y cuestiones
Al guardapie salté de una manola;
Y al deshacerse el corro, dos gachones
Con ella se marcharon en parola;
Dos de aquellos que al dar las oraciones
Se envuelven en su capa á la española
Y hacen de noche por vivir de dia
Ejerciendo su industria con maestria.

XIX.

Era aquella sin duda mugerona
De pelo en pecho y de nabaja en liga;
Bastante en el vestir rabicortona,
Mas derecha de cuerpo que una viga,
Mas fiera en el mirar que una leona,
Mas áspera de genio que una ortiga,
Y de esas que con falso contoneo
Salen entre dos luces de bureo.

XX.

No sé cómo, por qué, ni en qué sentido
Se engrescó entre los tres una quimera:
Acudieron las gentes al ruido
Y otras manolas; y en accion tan fiera,
Por aqui un torniscon, allí un bufido,
Todo alboroto y desvergüenzas era,
Que escándalos así con sangre fria
Los tolera en Madrid la policia.

XXI.

Llegaron los serenos por supuesto
Para ver la funcion desde la grada;
Todos miraban con curioso gesto
Y hallábase la broma mas armada
Cuando desde un balcon cayóse un tiesto
Que á una vieja dejó toda aplastada,
Pues bandos en Madrid de buen gobierno
Ni sirven en verano ni en invierno.

XXII.

Puso el suceso fin á la camorra
Y mi manola se marchó al instante
Con un mocito de chaqueta y gorra,
Calzon de pana y zapatillas de ante.
Y como el mosto desazonos borra
Y no hay cosa que mas la pena espante,
En plática sabrosa, dulce y tierna
Se marcharon los dos á la taberna.

XXIII.

Quién pudiera pintar las maravillas
Que allí mis ojos con asombro vieron!
Mientras que al son de roneas guitarrillas
A bailar dos parejas se pusieron,
Yo no sé si fandango ó seguidillas,
La manola y el jaque se metieron
En otra sala al mostrador vecina,
Cátedra de moral y de doctrina.

XXIV.

Sucio, andrajoso y con grasientos pelos
Sentado en un rincon sobre un banquillo
Esplicaba un doctor á tres pilluelos
El método mas fácil y sencillo
De mudar santamente los pañuelos
Desde el bolsillo ageno á su bolsillo,
Sobre lo cual, despues de examinados
Fueron los tres pimpollos aprobados.

XXV.

De tosca mesa en torno se veia
Diverso grugo en el rincón opuesto:
A semejanza de espantosa arpia
Una muger de pie, torcido el gesto,
Miraba atenta con sonrisa impia
A cierto galafate que indigesto
Ojeaba con cara macilenta
El libro engañador de las cuarenta.

XXVI.

Con el farol y el gancho en una mano,
Y en el brazo una cesta remendada,
Semejante en la cara á un perro alano,
Toda de cicatrices salpicada
Un traperero detras jugaba en vano
Y con siniestra y lúgubre mirada
Siempre á cada moneda que perdía
Blasfemaba, juraba y maldecía.

XXVII.

Con ambos codos fijos en la mesa,
Agarrado á sus ásperas patillas,
Envuelto del cigarro en nube espesa,
Vizeo de un ojo y seco de megillas,
Disputaba un maton á toda priesa
El dominio de ciertas pesetillas
A un colegial que con mejor fortuna
Se las llegó á ganar una por una.

XXVIII.

Un mendigo á otro lado suspiraba
Viendo en su vaso la postrera gota,
Y un viejuelo flaco acariciaba
A una doncella desastrada y rota
En tanto que á otro extremo se trataba
De dejar á unas damas en pelota,
Contando con la ayuda de un criado
Que pasaba por fiel y por honrado.

XXIX.

De tan hedionda y mísera sentina
Súbitamente me salí indignada;
Y habiéndome parado en una esquina
Sin saber dónde ir, me ví cercada
De una turba famélica y dañina
De esas torpes muchachas que en manada
Alborotan las calles principales
Con palabras y acciones inmorales.

XXX.

Que habiendo, dije yo, tantos agentes
Así toleren en la heroica villa
Esta plaga de cienagas vivientes
De la virtud perjudicial polilla
Y hasta del crimen vástagos nacientes,
Asunto es que en verdad me maravilla!
¿No hay acaso en Madrid algun hospicio
Donde aprendan sumisas un oficio?

XXXI.

Comenzó á la sazón á llover tanto
Que hacía un portal me encaminé ligera,
Y halléme dentro en el mayor quebranto
Para poder llegar á la escalera,
Porque mas que portal ví con espanto
Que una laguna de inmundicias era:
Mas me pude embarcar y pasé á bordo
De un robusto señor, sanote y gordo.

XXXII.

Contenta de mi nuevo alojamiento,
Resguardada del agua y aun del frio
Sobre su oreja izquierda tomé asiento
En la cual cabalgaba á gusto mio,
Si bien supe despues con sentimiento
Que el bueno del señor era un judío,
Que prestaba dinero á estilo ruso
Sobre alhajas y ropas en buen uso.

XXXIII.

Del cuarto principal llamó á la puerta
Que abrió con prontitud una criada,
Graciosa en el mirar, aunque era tuerta,
Chata de la nariz y remangada,
Gruesa de lábios, seca, boquiabierta,
Y un tanto de semblante empabonada,
La cual dijo festiva al usurero
Que dentro le aguardaba un caballero.

XXXIV.

Llegamos á un salon, que yo pasmada
Lleno encontré de objetos diferentes:
Aquí un monton de ropa poco usada,
Allí de plata alhajas relucientes;
Allá hasta un uniforme de embajada
Y de anillos, cadenas y pendientes,
Aderezos y lindas sabonetas,
Armarios atestados y maletas.

XXXV.

Pasamos al despacho del hebreo
Donde estaba esperando un elegante,
Que le indicó en seguida su deseo
Mostrándole un magnífico brillante,
El cual con grave y detenido ojeo,
Calándose las gafas al instante,
Examinó el avaro prestamista
Que engullírselo ansiaba con la vista.

XXXVI.

No merece la pena, caballero,
Con voz cascada murmuró el rabino.
Hablaron sin embargo de dinero
Y el mas necesitado se convino
A dejar su brillante prisionero
Y á tomar prontamente su camino,
Para salir del enojoso apuro
A costa de un real por cada duro.

XXXVII.

Cinco por ciento al mes! sesenta al año!
Salió diciendo triste y pensativo.
Así sacan los bofes y el redaño,
Y así á un cristiano le desuellan vivo!
Así por falta de rescate ogaño
Muere el que antaño se quedó cautivo!
¿Mas cómo es, dije yo, que un buen gobierno
No manda estos bribones al infierno?

XXXVIII.

Pensando abandonar aquel parage
De enredos fuente, de pesar granero,
Plantel de engaños, lecho de pillage,
De riquezas y alhajas sumidero,
De la codicia lóbrego hospedaje
Y anzuelo del honor y del dinero,
Dieron las diez en su reloj de cuco
Y atrancó bien la puerta el mameluco.

XXXIX.

Quedéme pues allí, pero no miento
Si digo que fue noche de dulzuras,
Pues toda la pasé dando tormento
Con punzantes y agudas picaduras
Al israelita infiel, que mas hambriento
Sangre humana chupaba en sus usuras;
Y á aquel que de mi Dios es enemigo....
Bien podeis entenderme lo que digo.

XL.]

Ya el ciudadano Apolo por Oriente
Sus dorados bigotes asomaba,
Y en chorros mil su luz resplandeciente
Por el sucio Madrid desparramaba,
Saludando con gesto reverente
A la aurora que triste se alejaba,
Cuando mi huésped con atroz bostezo
Estiró la pezuña y el pescuezo.

XLI.

Envolvióse en seguida en una bata
De tosco bayeton color bermejo,
Y con un gorro atroz de piel de rata
Cubrióse lindamente el entrecejo;
Sacó una caja de bruñida plata,
Sorbíose un polvo, se miró al espejo,
Sentóse luego, y esperó rezando
Las víctimas que allí fueran llegando.

XLII.

Primero con el rostro suplicante,
Humildes, vergonzosas y enlutadas
Dos huérfanas entraron de un cesante
A negociar sus pagas atrasadas;
Y arrugando el caribe su semblante
Con mil dificultades estudiadas,
Les entregó por precio de la venta
Valor de cuatro pagas por cuarenta.

XLIII.

De un militar ilustre la viuda,
Ya en el tercio postrero de su vida,
Poco despues entró casi desnuda,
Escuálida, llorosa y compungida,
A empeñar una espada, que sin duda
En cien combates se miró teñida
En sangre del frances, cuando en su saña
Quiso tirano dominar á España.

XLIV.

Llegó luego un ex-fraile capuchino,
Misionero, apostólico cesante,
Sus barbas á empeñar, que algo molino
Tomó por treinta cuartos el danzante:
Y admitió un pantalon bastante fino
Que le llevó despues un estudiante,
Por el cual le entregó no muy contento,
Medio *napoleon* sin el descuento.

XLV.

Engolfada en mirar tanto pobrete
Como en el pozo aquel se sumergia,
Mas de cuatro á su vez de alto copete
Se me pasó, sin advertirlo el dia:
Mas íbame á marchar como un cohete,
Pues cerca ya de anochecer seria,
Cuando entró con un frak nuevo y flamante
El dueño del magnífico brillante.

XLVI.

Era este un jóven de cabal figura,
Con lindos ojos de color de cielo;
Rubio el bigote, tersa dentadura,
Y en bucles mil su ensortijado pelo
Sobre su blanca sien, noble estatura,
Si bien á la sazón con desconsuelo
Noté que contraídas sus facciones,
Anunciaban violentas impresiones.

XLVII.

Quedó el sublime frak, córte de *Utrilla*,
En poder del astuto cocodrilo
Que sacó cinco duros de una arquilla,
Y el apurado jóven mas tranquilo
Levantándose entónces de su silla
Se despidió del brusco don Camilo,
Y yo, curiosa de saber quien era,
A su verde gabán salté ligera.

XLVIII.

En ocho saltos, agitado el pecho,
Treinta escalones descendió volando,
Y en ansiedad y en inquietud deshecho,
Por las calles corriendo y tropezando,
A un lóbrego portal largo y estrecho
Llegó por fin; y á tientas gateando
A un piso cuarto á encaramarse acierta
Donde dió un golpe y se entreabrió una puerta.

XLIX.

En medio de un mal cuarto que sembrado
De puntas de cigarros se veía,
Cuya sucia pared por cualquier lado
Un zócalo en relieve descubria
A fuerza de salivas estampado,
Que allí hasta hiel y sangre se escupia,
A guisa de mantel, verde bayeta
A una mesa ovalada vi sujeta.

L.

Un viejo flaco de nevados pelos
Y punzante nariz de caballete,
Sobre la cual redondos espejuelos
A semejanza vi de un mal ginete;
Adusto y grave como gato en celos
Colocado en el centro del tapete,
La baraja en la izquierda panza-arriba
Naípe por naípe á descubrirlos iba.

LI.

De plata y oro sobre el verde paño
Varias monedas sin mezclar brillaban,
Y en torno suyo, con semblante extraño,
Trémulos de avidez las contemplaban,
Con mas afan en cada desengaño,
Unos diez jugadores que allí estaban,
Mostrando el ganancioso su alegría
Y su angustia y su rabia el que perdía.

LII.

Sota de Barrabás!... rayo del cielo!...
Fuego de Lucifer!... naípe maldito!...
Mesándose las barbas sin consuelo,
Esclamó un jugador á voz en grito,
Pegando una patada contra el suelo
Que hizo á la vez temblar todo el garito.
Sota de Barrabás!... trueno y centella!...
Que nunca pueda yo ganar con ella!

LIII.

Juego! con ronca voz dijo el banquero,
Un siete contra un ás mostrando ufano.
Entonces hácia el ás mi compañero
Con cinco duros alargó la mano,
Pues no llevaba el pobre mas dinero:
Dió vuelta á la baraja el viejo cano,
Y el que no estaba con la boca abierta
Vió con ella cerrada el siete en puerta.

LIV.

Carta de maldicion!... ás del infierno!
Murmuró con enojo el desdichado
Pensando en su gaban, aunque era invierno,
Y al despojarse de él desesperado,
Si bien rogando para si al Eterno,
Tristemente añadió ya fatigado:
Si se admite á una carta, caballeros,
Voy al *entrés*, aunque me quede en cueros.

LV.

Mientras estaba en pugna borrascosa
Del misero gaban el tanto y cuanto,
Una detonacion estrepitosa
En todos puso confusion y espanto.
Cada cual fija su mirada ansiosa
En el sitio fatal, y yo ¡Dios santo!
En su sangre bañarse á un hombre miro
Que alli acababa de pegarse un tiro.

LVI.

A su aspecto los mas se alborotaron,
Y apagando la luz, todos al punto
A un tiempo hácia la puerta se agolparon,
Que no era para menos el asunto;
Y todos en su fuga tropezaron
Con el cuerpo sin alma del difunto
Que de un cesante fué, segun se dijo,
Con madre, con muger y con un hijo.

LVII.

Presuroso el banquero en tanto apuro
Sus monedas tapó con ambas manos
Sin descubrir siquiera un solo duro
Pues no eran allí todos muy cristianos:
Mas pronto puestas en lugar seguro
Corrió á unirse también á sus hermanos
Que á la calle bajaban con presteza
Unos rodando y otros de cabeza.

LVIII.

De la pistola al alarmante estruendo
El triste jóven que el gaban perdiera,
De los primeros se lanzó corriendo
En mangas de camisa á la escalera:
Mas la gente que ya se iba reuniendo
Al verle huir con tan veloz carrera,
A ese! gritando le siguió la pista
Hasta que al cabo le perdió de vista.

LIX.

Merced á sus talones que volaban
Con tanta rapidez como un cohete,
Y á las densas tinieblas que reinaban,
Porque á pesar de ser sobre las siete
Apenas los faroles alumbraban,
Salvóse de las uñas de un corchete
Que ya le daba alcance, y en un salto
Subió de una casuca á lo mas alto.

LX.

Erase una bohardilla á teja-vana
Donde zumbando con agudo acento,
Por grietas mil en su pared enana
Se deslizaba á su sabor el viento:
Y renegando de su suerte insana
Agitado entró en ella y sin aliento,
En tristes reflexiones sumergido
Sobre una silla se tiró rendido.

LXI.

Una pobre muger, jóven y hermosa,
Si bien impresas en su helada frente
Las huellas del dolor, como la rosa
A quien marchita vendabál ardiente,
Al verle así llegar, de tierna esposa
Cuidados mil le muestra diligente;
Y de la madre á par candidos niños
Respuesta buscan de él á sus cariños.

LXII.

En medio de tan honda desventura
Que mas y mas su incertidumbre aumenta,
De su horrible pesar y su amargura
Saber la causa cariñosa intenta;
Y con su voz de amor y de ternura
Del desdichado la esperanza alienta,
Que entre sus manos el semblante esconde
Y sordo á su clamor no le responde.

LXIII.

Puesta á sus pies con incansable anhelo
En doliente ademan pálida estaba
Triste suspiro dirigiendo al cielo
Que su dolor y su inquietud mostraba;
Y destrenzado, sin aliño el pelo
Sobre su seno de marfil flotaba,
Mientras lleno de angustia y de agonía
Violento en él su corazón latía.

LXIV.

«No es por mí, no, le dijo fatigada,
Por lo que siento tan mortal dolencia,
Ni por mí con horror miro trocada
En miseria fatal tanta opulencia;
No es por mí, no: por tí, que desdichada
No puedo soportar tu indiferencia
Y por mis hijos cuya infausta suerte
Mas me atormenta que la misma muerte.

LXV.

Entonces él, sin revelar su intento,
Alzó su frente al parecer serena,
Y en brusco y convulsivo movimiento
Sacudiendo con rabia la melena
«No hay remedio! exclamó, lanzando atento
Torva mirada de fiera llena,
Y sin mas escuchar su amante ruego
Volvió á la calle atolondrado y ciego.

LXVI.

Con vacilante é insegura planta
Hacia el hondo canal marchó imprudente,
Y al través de la niebla que levanta
De sus aguas el cieno pestilente,
Las orillas pisó y en su garganta
Se ahogó un suspiro y se turbó su frente,
E invocando de Dios el nombre santo
Cerró los ojos con mortal espanto.

LXVII.

Yo que ví lo formal que iba el asunto
Y que ya el salto á dar se disponía,
De colocarme en salvo traté al punto
Porque humor de bañarme no tenía;
Mas al cuitado para ser difunto
Que el tiempo le faltaba parecía,
Pues sin darme lugar, con furia insana
Veloz se zambulló como una rana.

LXVIII.

Aun se me eriza el pelo todavía
La imagen horrorosa recordando
De aquel hombre infeliz en su agonía
Con las fatigas del morir luchando!
Rendido al fin en la infernal porfía,
Sin movimiento ya, no mas bregando,
Del negro abismo al insondable seno
Fue á sepultarse entre el inmundo cieno.

LXIX.

En apuro tan grave conturbada
Y sin saber qué hacer para salvarme,
Que aunque en una calceta resguardada
Ya entrando el agua amenazaba ahogarme,
A una bota llegué desesperada
Donde plugo á mi estrella depararme
Entre la piel y el contra-fuerte un hueco
Que al fin y al cabo se mantuvo seco.

LXX.

Un ataque de nervios inclemente,
Que es tambien mal que con las pulgas reza,
Me embargó la razon precisamente,
Pues al volver en mí, con estrañeza
Sentí muy cerca hablar y diligente
Sacando poco á poco la cabeza,
Vi que en una escalera y descubierto
Caminaban dos hombres con el muerto.

LXXI.

Ya del espacio en la celeste cumbre
Sus esplendentes rayos esparcia
Del rojo sol la brillantada lumbre
Cuando el cadáver del canal subia,
Y su instinto siguiendo y su costumbre
Cual fúnebre cortejo le seguia
Un pueblo de muchachos andrajosos
Alegres, impacientes y curiosos.

LXXII.

Por la puerta de Atocha penetraron,
Y el séquito creciendo á cada instante
Al misero depósito llegaron
Que es una cueva hedionda que delante
Del Hospital está, y en ella entraron
Y allí á la espectacion, negro el semblante
Lleno de sangre y fango, hinchado todo,
Lo echaron sin piedad de cualquier modo.

LXXIII.

Cerráronse las rejas, y afanosas
Cien cabezas encima amontonadas,
Las marcas mas horribles y espantosas
Buscando con estúpidas miradas,
Contemplaban en torno silenciosas
Sus lividas facciones destrozadas:
Y al marcharse los mas frunciendo el gesto,
Otros llegaban á ocupar el puesto.

LXXIV.

Paso entre paso, triste y pensativa
Y apenas con aliento, que del susto
Aun estaba aterrada y convulsiva,
Marcharme decidí; pues no era justo,
Ya que me hallaba por fortuna viva,
El dejarme morir por un disgusto;
Y monté en la basquiña de una vieja
Que estaba haciendo guiños en la reja.

LXXV.

Dios le tenga en descanso! «murmuraba
Despues de haber rezado un *padre nuestro*
Y en tanto que aflijida se alejaba
De aquel parage lúgubre y siniestro,
Pacifico alli cerca la esperaba
Flaco rocin á quien cogió del diestro
Y con él por la acera satisfecha
A todos disputaba la derecha.

LXXVI.

A la cascada voz de sus pregones
Llamóla un salchichero; y á fé mia
Que al ver tantos chorizos y jamones
Sentí que el apetito se me abria:
Y teniendo presente estas razones
Y que la pobre vieja despedia
Cierta olorcillo á coles y chanfaina,
Salté del choricero á una polaina.

LXXVII.

Nunca tal mi intencion fuera por cierto
Que vi en su casa lo que no pensara
Y el apetito al pronto tan abierto,
Que antes con mas y mas no se saciara,
Se cerró de tal modo, que no acierto
Como no mi ambicion me costó cara;
Desde entónces me immuto y me horrorizo
Al ver una salchiha ó un chorizo.

LXXVIII.

No mas rellenos.... ah!... Dios me socorra
Porque antes verme fusilada quiero!
Jamás de mi memoria ya se borra
Cómo bajó á la cueva el salchichero,
Cómo desolló un gato y una zorra
Y un anca de un rocin; cómo ligero
Los picó, los mezcló, y aderezados
Cómo empezó á llenar sus embuchados.

LXXIX.

Y vi tambien, qué horror! vi en un barreño
Con la sangre de un cerdo confundida
La sangre de un cristiano; y no fué un sueño,
Que estaba bien despierta y no dormida
Cuando de un robustísimo extremeño
Quien de asmática tos perdió la vida,
Un famoso barbero á duras penas
Con su lanceta desangró las venas.

LXXX.

Y con otras materias astringentes
Que aquella que no escuece, hace cosquillas
Y que nombrar no quiero ni entre dientes,
A un lado su muger puesta en cucullas
Batiendo tan estraños ingredientes,
Dió principio tambien á hacer morcillas
Despues que con el dedo hubo probado
El sabor de aquel misto ensangrentado.

LXXXI.

Yo sudaba sin fin, yo tiritaba,
Y próxima y espuesta me sentia
A un síncope mortal; yo suspiraba
Y el rigor de mi suerte maldecia;
Yo por no ver los párpados cerraba,
Y luego en mi impaciencia los abria,
Hasta que hallé una vez, no sin zozobra
Que dió el desollador fin á su obra.

LXXXII.

Subimos en seguida la escalera,
Y al sentir aire libre... ¡virgen santa!
No corre por los montes mas ligera
La temerosa cierva á quien espanta
Del diestro cazador el arma fiera,
Que ni la tierra toca con su planta,
Como yo al ver la luz del claro cielo
Cuando salté de la polaina al suelo.

LXXXIII.

A todo escape, con la boca abierta
Y la lengua de fuera y jadeando,
Sin direccion en mi carrera incierta
Hasta el prado llegué; y allí buscando
Término á mi ansiedad, pues medio muerta
Me era imposible ya seguir brincando,
Sentéme á descansar, y aunque rendida
Reanimóse mi espíritu en seguida.

LXXXIV.

Lo terso y claro de la azul esfera
Que el sol ya en su descenso iluminaba;
La risueña y alegre primavera
Que ornada de sus rosas se anunciaba;
La aromática brisa que ligera
De flor en flor á su placer vagaba,
Todo, menos el piso no regado,
Convidaba á dar vueltas por el prado.

LXXXV.

Era de ver allí como lucia
La gentil cortesana su apostura,
Y cómo alarde de su gracia hacia
De lo esbelto y sutil de su cintura;
Cómo con tierno afán se sonreia
Espresando su gozo y su ventura
A cien adoradores, que rendidos
Llenaban de requiebros sus oidos.

LXXXVI.

Eran de ver, que no con todas ellas
Pródiga es la hermosura en sus favores;
Eran de ver allí las menos bellas
Llenas de lazos, moños y colores;
Y eran de ver y de mirar aquellas
Que á los cincuenta ó mas buscando amores,
Daban tierna espresion á sus miradas
Con remilgos y dengues y monadas.

LXXXVII.

Y eran de ver tambien tantos encages,
Y de telas de seda y terciopelo,
Tantos lujosos y elegantes trages
Con los que iban las mas barriendo el suelo;
Y tanta confusion de carruages
Que el polvo levantaban hasta el cielo;
Tanto ginete en fin, si tal se llama
Todo el que sobre un jaco se encarama.

LXXXVIII.

Mas vi á la par con lástima y tristeza
En aquel campo de placer y amores
La punzante y selvática maleza
Y el torpe caracol, que de las flores
Con su saliva mancha la belleza
Y marchita sus mágicos colores:
Vi allí á la par entre tan lindas rosas
Jaramagos y ortigas espinosas.

LXXXIX.

Por aqui un aguador con la vasera
Y el botijo en la mano pregonando;
Por allí una muy sucia narangera
A todos con su cesta incomodando;
La que avellanas vende, la florera
Por todas partes sin cesar cruzando,
Y el ehico que con mecha y casi en cueros
Gritando va "Candela caballeros"

XC.

Y no falta ademas algun mendigo
Que fingiendo un tumor en un costado,
O poniendo al Eterno por testigo
De hallarse paralítico y baldado
Recorra en pos de un corazon amigo
Dando voces y ahullidos todo el prado,
Mientras la ronda con afan vigila
Fumando muy sentada y muy tranquila.

XCI.

Y en esto de ostentar mayores males
Para mover á compasion, vi luego
En las calles y aceras principales
Mas de un mudo con voz y mas de un ciego
Que daba de ver bien, claras señales;
Y mas de cuatro que con triste ruego
Mostraban ademas de su miseria
Llagas, postillas, granos y materia.

XCII.

Mas de cuadro tan negro y espantoso
Apartemos la vista, y hácia el prado
Tornémosla otra vez, donde afanoso,
Rendido el corazon y enamorado,
Con frac de paño ingles, fino y lustroso,
Con bota de charol, guante ajustado
Y estrecho pantalon, un elegante
Detras de una morena iba constante.

XCVI.

A cada encuentro, sin decirse nada,
El amante feliz le dirigia
Con ardoroso afan tierna mirada,
Que ella ufana á su vez le devolvía:
Y en un breve momento en que agolpada
Mucha gente hácia un punto se veía,
La mano de la ninfa con descuido
Al traves se escurrió de su vestido.

XCV.

Y burlando con gracia y con destreza
De la adusta mamá la vigilancia,
Que al volver maliciosa la cabeza
Se quedó satisfecha en su ignorancia,
El tierno amante con sutil limpieza,
Estrechando ligero la distancia,
Entre sus dedos, sin mirar al suelo,
Un billete de amor atrapó al vuelo,

XCVI.

Cual pregunta aunque muda hartó elocuente
Ella amorosa le miró al soslayo,
En tanto que él con paso diligente,
Corriendo presuroso como un rayo,
Ya por ver sus renglones impaciente
A la verja llegó del *Dos de Mayo*,
Y leyó de su dama en letra clara
Orden de que á los toros no faltara.

XCVI.

Lunes era, en efecto, y aquel dia
La funcion prevenida y anunciada,
Por ser de la simpar ganaderia
Que ostenta la divisa colorada,
Soberbios resultados prometia;
Y mucho mas cuando el primer espada
Era el celebre Montes, cuya diestra
Siempre quedó triunfante en la palestra.

XCVII.

Cerca ya de las tres á la corrida
Principio se iba á dar casi al instante,
Quien una vez logró, jamas se cuida
De exigencias de amor; pero es constante
Que el que quiere lograr, hasta su vida
Entrega á discrecion, y el pobre amante
Leyó la carta, y compungido y seco
El bolsillo tocó de su chaleco.

XCVIII.

Mal haya del rigor del hado insano!
Mal haya de una bolsa sin sonido,
Que vale mas ser ciclope ó enano
Que asi de la pobreza perseguido!
Tocó otra vez, buscó y al fin su mano
En plata y calderilla dividido
Encontró un peso fuerte, y satisfecho
Hácia la plaza se marchó derecho.

IC.

Tanto el amor su espuela le clavaba,
Que á fin de hallar el conveniente asiento
Con tanto ardor y tan veloz trotaba
Que al despacho llegó falto de aliento:
Y entre el tropel que en torno se agolpaba
Contusiones su frac llevó sin cuento,
Siendo lo mas sensible y mas sentido
Que no quedaba ya ni un mal tendido.

C.

No tardó sin embargo el desdichado
En oír al traves de sus melenas
La voz de cien danzantes que á su lado
Con billetes de entrada á manos llenas
Brindábanle á la vez, y aunque enojado
Se paró y ajustó, y á duras penas
Uno logró de los de á diez reales
Aflojando por él veinte cabales.

CI.

Y no habrá un toro, murmuró confuso,
Hijos de Belcebú que os dé un boleo!
Y acaso el pobre en la razon se puso,
Pues si fue á la verdad un mal deseo,
Mas malo á mi entender es el abuso,
Y que se sufre y se tolera veo;
Mas todo lo olvidó por su billete
Y á la plaza se fue como un cohete.

CII.

Ya un pueblo inmenso en rededor sentado
Del ancho circo, contemplaba ansioso
De agudo hierro al picador armado,
Retar tranquilo al animal rabioso,
Que escarbando la arena fatigado,
A su contrario arremetió furioso;
Y la lucha tenaz en que rendido
Al fin el toro se alejó vencido.

CIII.

Menos diestro tal vez ó menos fuerte
De su vara la puya humedeciendo,
Luego otro picador se puso en suerte;
Mas al violento empuje sucumbiendo
De las agudas astas, cayó inerte
Sobre la arena con horrible estruendo,
Hasta que á poco levantóse vivo
Y el pueblo al verle le aplaudió festivo.

CIV.

Pero cual fué despues la griteria
Que de todos el júbilo arrancára,
Al ver alli con sin igual maestria
De la espumosa fiera cara á cara
Al inmortal *Paquillo*... y la alegría
Y el ruidoso aplaudir y la algazara
Al contemplar sus alamares de oro
Tocar cien veces y burlar al toro!

CV.

Sonó de muerte la señal, y ufano
Con paso firme y ademan severo
La roja capa preparó en su mano;
Y despues de citarle, cuando fiero
Su testuz para herir inclinó en vano
El relumbrante y afilado acero,
Con talle airoso y admirable aplomo
Desde la punta le metió hasta el pomo.

CVI.

A vengar á su hermano diligente
Otro toro salió grave y marrajo,
Que al caballo primero bruscamente
Sin vida en tierra derribó de un tajo;
Y al segundo que osó salirle al frente
Las tripas todas le arrancó de cuajo;
Y uno tras otro de soberbia lleno
Despachó sin piedad hasta el noveno.

CVII.

Sediento de mas sangre todavia,
Respirando furor, tomó carrera,
Y de un salto, veloz, con saña impia
Mas allá se plantó de la barrera:
Armóse confusion y algaravia,
Que á nadie su merced le daba espera,
Y á muchos guapos de los que allí estaban
Para correr talones les faltaban.

CVIII.

No hubo un cristiano á fé que el claro idioma
Del toro no entendiese, y fatigados
Unos echaron mano á la maroma
Quedando en ella con los pies colgados;
Brincaron otros, y en aquella broma,
Menos listos ó mas atortolados,
Otros sin tener alas desde el suelo
Mas de una vez volaron hácia el cielo.

CIX.

No empero al animal tanta fiereza
Pudo salvar de la cortante espada....
Mas ¡oh tarde de horror y de tristeza!
Tarde de confusion inesperada!
Que de *Montes* al nombre, á su destreza,
Do quier con entusiasmo celebrada,
Y al mágico poder de su capote
El circo se llenó de bote en bote.

CX.

Y en uno de esos palcos que al intento,
Pues solamente de ganar se cuida,
Para ajustarle asiento por asiento
Toma un revendedor cada corrida,
Y en donde ha de haber diez, colocar ciento,
Costumbre, aunque vedada, consentida;
En uno de esos palcos de improviso
La madera crugió y hundióse el piso.

CXI.

Cayeron los de arriba por lo tanto
Sobre los pobres que debajo estaban,
Y gritos de dolor y amargo llanto,
Y gemidos tan solo se escuchaban,
Que al pecho mas cruel daban espanto
Y al corazon mas duro acongojaban,
Pues tan horrible y tan fatal suceso
Ni en su lugar ni sano dejó un hueso.

CXII.

Vine yo al mundo en hora tan menguada
Que siempre mi existencia está en un hilo,
Y así ¡oh desdicha! nos tocó en la grada
Y al amante infeliz que al fin tranquilo
A su dama, aunque lejos, vió sentada
Sin esperarlo, le cayó de filo
Sobre su frente tan atroz madero
Que en la cabeza le embutió el sombrero.

CXIII.

Gracias á lo muy lista que yo anduve,
Que no fué á la verdad poca ventura,
Tiempo bastante de salvarme tuve
Aunque con buena dosis de pavura;
Y apenas libre del peligro estuve,
Suelta le dí á mis pies, y con dulzura
Trepé por el refajo de franela
De una doncella que iba con su abuela.

CXIV.

Afligidas las dos y fatigadas
Con el susto fatal que se mamaron,
De un viejo Senador aacompañadas
En un coche simon se empaquetaron,
Cuyas ruedas por cierto mal untadas,
Apenas á dar vueltas empezaron
Salieron rechinando de tal modo,
Que de acordarme solo me incomodo.

CXV.

Al compas de tan dulce melodia
Que el timpano mas duro taladraba,
Como paso llevado en cofradia
El vetusto elemento caminaba,
Y dentro en tanto el senador sorbia
Y sendos polvos de rapé tomaba,
Mientras con voz refunfuñona y hueca
Se quejaba la abuela de jaqueca.

CXVI.

En un café, de cuyo nombre ahora
No quiero hacer mencion, pues no es del caso,
Despues de haber andado media hora
Detuvo el coche su cansado paso;
Y aunque la vieja y lánguida señora
Rehusó mas de una vez, al fin un vaso
Tomó de leche helada con copete
Un barquillo relleno y un sorbete.

XXVII.

Linda como un clavel la amable nieta
Solo contaba diez y seis abriles,
Y el senador, perdida la chaveta,
Aunque tan flojo y débil de perniles,
Que no pudiera andar sin su muleta,
Al parecer, con animos hostiles,
Y perdone si no su señoría,
Andaba detras de ella noche y día.

CXVIII.

Bebieron pues, y ya se preparaban
Para volver al coche, cuando vieron
Que al buen señor las piernas le temblaban
Y que en blanco sus ojos se pusieron,
En tanto que sus manos estrujaban
Cada cual un hijar, y presumieron
Que, atacado de un cólico nervioso,
Por vomitar se fatigaba ansioso.

CIX.

Dió la casualidad de que á su lado,
Tomando chocolate en otra mesa
Se hallase un cirujano, que asustado
Le hizo tragar aceite á toda priesa
Esclamando que estaba envenenado;
Noticia que causó tanta sorpresa
Que todos los que allí estaban reunidos
Quedaron de terror sobrecogidos.

CXX.

Y coincidió con lance tan funesto,
Que al otro extremo del café, en seguida
Un abogado se sintió indispuerto,
Y á poco una muger fue acometida
De ataque tal, que aunque acudió bien presto,
No le pudo el doctor salvar la vida:
Y la alarma cundió de tal manera
Que todo asombro y confusiones era.

CXXI.

Sospechando unos cuantos el motivo,
Aunque en los mozos resistencia hallaron,
Las razones llevaron á lo vivo
Y por la fuerza en la cocina entraron,
Donde vieron de un modo positivo,
Pues todas las vasijas registraron,
Que diez jarros de cobre cuando menos
De verde cardenillo estaban llenos.

CXXII.

De labio en labio tan fatal descuido
Por todos lados se esparció al instante,
Y cada cual, temiendo haber bebido
Del veneno cruel, triste el semblante,
Helado el corazón y compungido
Víctima se creyó, siendo constante
Que entre todos con mil escaramuzas
No dejaron ni gota en las alcuzas.

CXXIII.

Y en tan horrible turbacion pedian
Venganza sin piedad á voz en grito,
Y aguardaban inquietos, y creian
Que llegase el alcalde del distrito,
Porque llenos de cólera querian
Que pagase el culpable su delito;
Pero ni fue el alcalde, ni resulta
Que le sacase al menos una multa.

CXXIV.

Hízole al senador tan buen provecho
La jicara de aceite, que en seguida
Comenzó á herbirle con furor el pecho,
Pues causando su efecto la bebida,
En gruesas gotas de sudor deshecho
Y en su cuerpo la bilis removida,
A vomitar rompió con tal bravura
Que yo pensé que echaba la asadura.

CXXV.

Prodigando la abuela tiernamente
Al fatigado viejo su socorro,
En su frente solícita su frente
Cuando el pobre, que ahullaba como un zorro
Y daba de dolor diente con diente,
Hizo otro empuje y tan copioso chorro
Sobre ella despidió, que de alto á bajo
Quedó hecha la infeliz un estropajo.

CXXVI.

Gracias al eficaz medicamento
Y á una copa de rom, su señoría
Nuevo y flamante se quedó al momento;
Sacudióse la vieja, que aun sentia
Humedad en su rostro macilento,
Y la nieta que ya se deshacia,
Anunció que era tarde, y á las cuatro
El coche entonces nos llevó al teatro.

CXXVII.

Aquella noche de la actriz primera,
Que aun me acuerdo bastante todavía,
Precisamente el beneficio era,
Y ni un asiento en el despacho habia;
Pues es corriente, y bien sabe cualquiera,
Que la agraciada en semejante día
Por sí los beneficia, lo que en claro
Quiere decir que vende algo mas caro.

CXXVIII.

Por dicho ya al hablar de otros amores,
Haciendo referencia á la corrida,
No repito los cien revendedores
Que ví por todos lados sorprendida
Entre agentes y algunos celadores,
Y al patio con los tres voyme en seguida,
Donde el buen senador, abuela y nieta,
Cada cual tomó asiento en su luneta.

CXXIX.

Como era consiguiente se estrenaba
Un drama del frances mal traducido,
Y un éxito estupendo se esperaba
Porque hizo allá en París mucho ruido;
Mas el telon segunda vez bajaba
Cuando se oyó á la par tanto silvido,
Que el local retemblaba al alboroto
Como si hubiese habido un terremoto.

CXXX.

Sobre las tres lunetas cabalmente
La brillante lucerna se veia,
Que siguiendo un periodo intermitente
Gota á gota su liquido escurria;
Y al notarlo, feroz é impertinente
La vieja con escándalo gruñia,
En tanto que la niña sin consuelo
Las manchas lamentaba de su velo.

CXXXI.

Aunque ageno de culpa se encontraba,
Con paciencia sufrió la reprimenda
El viejo senador, que se pirraba
Por la nieta de amor, y como en prenda
Por ver si el refunfuño terminaba,
Su palabra les dió de que en la tienda
Mas de moda y mejor, al otro dia
Cada cual á su gusto escogeria.

CXXXII.

A insinuacion tan noble y generosa,
Que produjo en las dos mágico efecto,
Mas amable la nieta y cariñosa
Pensando en un manton, cambió de aspecto;
Y la abuela á su vez menos rabiosa,
Dos golpecitos en señal de afecto,
Frunciendo de placer barba y hocico,
Al senador le dió con su abanico.

CXXXIII.

En esto vimos por la vez postrera
Descender el telon súbitamente,
Y en torpe confusion puertas afuera
Nos hallamos al fin, cuando imprudente
Nuestro simon, aunque se entró en la acera,
Con otro que á la par llegó de frente
Chocó con tal violencia y tal pujanza,
Que uno un eje perdió y otro la lanza.

CXXXIV.

Mas no fué el sentimiento la averia
Que sufrieran los dos, ni que un cochero
Cayese en tierra, sino que aun salia
Mucha gente en tropel, y por ligero
Que anduvo el que mas cerca se veia,
Al empuge del juego delantero
Sufrió tan grande y tan fatal porrazo,
Que dos costillas se rompió y un brazo.

CXXXV.

Otro dió un resbalon, cayó, y por cima
Pasó una rueda y levantose cojo;
A otro que dijo ser maestro de esgrima
La lanza rota desquicióle un ojo,
Dejandole en verdad que daba grima;
Y todos se quejaban con enojo
De que los bandos tan en alto grado
Nada mas fueran que papel mojado.

CXXXVI.

Yo, para ver mejor tanta jarana,
Desde el refajo al suelo con ahinco
Caigo veloz, y á paso de *Luchana*
Mi marcha emprendo, al senador me trinco,
Y tomando carrera, salto ufana
A un faldon de su frac, y de otro brinco,
Pues no era en él mi posicion muy buena
De su reló me planto en la cadena.

CXXXVII.

En medio de tan honda gritería,
Y entre horribles lamentos y estrujones,
Ponerse en salvo cada cual queria
Tratando de hacer alas sus talones;
Y asi es que mas la confusion crecia,
Las voces por dó quier y las cuestiones,
Siendo la bulla tal, que estando abiertas,
Todos se atravesaban en las puertas.

CXXXVIII.

De un brazo del buen viejo iba cogida
Temblorosa la abuela y fatigada,
Y del otro la nieta conmovida,
Cuando llegó furiosa una oleada
Que por poco me estruja, y en seguida,
Me encontré por los aires trasportada,
Y cadena y reló á un tiempo mismo
Hundiéronse conmigo en un abismo.

CXXXIX.

Yo recordé despues de hecho el despojo
Que un señor elegante y bien portado,
De grave aspecto y con bigote rojo
Se apareció de pronto á nuestro lado,
El cual con disimulo y de reajo
Miraba al senador, que descuidado
Solo pensaba, caminando á bulto,
En poder escapar de aquel tumulto.

CXL.

Y ahora recuerdo, aunque confusamente,
Porque quedé en verdad muy trastornada,
Que cadena y reló súbitamente,
Y yo en un eslabon agazapada,
De mano en mano entre el tropel de gente,
Como una exalacion y sin ver nada,
Llegamos á poder de un hombrecillo
Que nos zampó veloz en su bolsillo.

CXLI.

Y á juzgar por lo mucho que allí entraba,
Que aquel era sin duda saqué en claro,
Depósito central donde se daba
A toda alhaja proteccion y amparo,
Y en el cual á la vez se aseguraba
Lo mismo lo barato que lo caro,
Pues bajaron á poco una petaca,
Un pañuelo, unos lentes y una placa.

CXLII.

Yo que en cárcel tan honda y tan oscura
Me ví mal de mi grado prisionera,
Llena de pesadumbre y de tristura,
Como en estrecha jaula una pantera,
Vueltas comencé á dar, mas la costura
Que tosca aguja á *semi-hilvan* hiciera,
Examiné despues, y muy cumplida
Hallé entre dos puntadas la salida.

CXLIII.

En tanto el alboroto apaciguado,
Dispersáronse todos prontamente,
Y el hombrecillo entonces que embozado,
En un capote gris, y que impaciente
Vió que estaba su encargo terminado,
Se retiró tambien, y diligente
Llegó á una callejuela tan sombría,
Que nunca en ella entró la luz del día.

CXLIV.

Batiendo con sus pies el negro barro
Que allí de tiempo inmemorial se hallaba,
A los tristes destellos de un cigarro
Que entre sus toscos labios estrujaba,
Con paso firme y ademan bizarro
Por las densas tinieblas caminaba,
Cual pájaro nocturno, que á su nido
Diestro en la oscuridad vuela seguido.

CXLV.

Despues de haber andado largo rato
En frente se paró de un edificio,
Que acaso conoció por el olfato,
Muy ducho á no dudarlo en el oficio;
Y mallando tres veces como un gato
Se detuvo un momento contra el quicio
De una pequeña puerta reservada,
Que libre á poco le dejó la entrada.

CXLVI.

Una sucia y hedionda viejecilla,
De boca hundida y á la vez desierta,
Coja á mas no poder de una rodilla,
De cejas calva, de miradas tuerta,
Con la barba y nariz de tenacilla,
Que fué la misma que le abrió la puerta,
«Vamos, *le dijo*, hincándole los codos,
Vamos demonio gris que ya estan todos.»

CXLVII.

A mí, como se dice vulgarmente,
No me llegaba al cuerpo la camisa,
Y marcharme pensé; mas de repente
La puerta se cerró, y á toda prisa,
Sin decir tus ni mus, cuerda y prudente,
Y mas humilde que cartujo en misa,
Me acurruqué en un pliegue del capote
Llena de sobresalto y de cerote.

CXLVIII.

Alumbrados por una candileja
De resplandor fosfórico y rojizo
Que llevaba la horrible y torpe vieja,
Cruzamos un estrecho pasadizo,
A cuyo extremo se entreabrió una reja
A una señal que con sus manos hizo,
Y por una escalera medio hundida
Dando tumbos bajamos en seguida.

CXLIX.

Pisando escombros mil llegamos luego
A un subterráneo, donde ya esperaba
En torno de una hoguera, cuyo fuego
Las bóvedas ruinosas alumbraba,
Grupo tan infernal, que aun á estar ciego,
Solo por el olor que se notaba
Al poner dentro el pie, se conocía
Que mas de un Lucifér en él habia,

CL.

Y era lo mas chocante ver mezclados
Fumando en paz, tranquilos y amistosos
A varios personajes bien portados
Con hombres miserables y andrajosos,
De ancho puñal, y de nabaja armados
Y con sucios muchachos, asquerosos,
Que en tanto que los grandes conversaban
En tirar al cuchillo se adiestraban.

CLI.

Entramos, pues, y al punto se apartaron
Aquellos ilustrísimos varones
Y en dos largas hileras se formaron,
Y con gestos estraños y burlones
Sus gorras y sombreros se quitaron,
Y luego en reverentes contorsiones,
Cada cual, como supo ó como pudo,
Al hombrecillo gris hizo un saludo.

CLII.

¡Honor á nuestro digno presidente!
Gritó la vieja con cascado acento,
Y la turba sumisa y obediente
¡Honor y gloria! respondió al momento.
Entonces él, con gravedad su frente
Hácia ambos lados inclinando atento,
Les dió las gracias y atizar la hoguera
Mandó luego á la vieja marrullera.

CLIII.

Unos puestos detras y otros delante,
Unos gruñendo y otros blasfemando,
Sentáronse los mas de mal talante;
Y dos palmadas circunspecto dando,
Ordenó el presidente que al instante
Cada cual fuera por su turno hablando,
Las practicas siguiendo y el estilo,
Y la sesion abrió grave y tranquilo.

CLIV.

Yo, dijo entonces uno de zamarra
Poniéndose de pie: yo, amigos míos,
Armado de mi corva cimitarra,
Esta tarde á los sitios mas sombríos
De Chamberí me fui y eché la garra,
Los bolsillos dejándole vacíos,
A un viejo matrimonio que en su coche
Por allí cerca les cogió la noche.

CLV.

Y os entrego por tanto ,camaradas,
Pues sabéis que el dinero no entra en cuenta,
La bolsa donde estaban encerradas
Varias monedas, de registro exentas,
Y dos cajas de plata cinceladas,
Y un capote con pieles cenicientas,
Y un precioso alfiler y unos pendientes,
Una marmota azul y un mondadientes.

CLVI.

Pues yo, dijo un señor delgado y feo,
Embutido en un frac cola de pato,
Yo, en la iglesia en que estaba el jubileo,
Con mas fervor rezando que un beato,
He pasado seis horas al ojeo:
Mas solo pude echar el garavato
Al bolsillo interior de unas enaguas,
A una biblia en latin y á un para-aguas.

CLVII.

Pues yo, señores, exclamó el tercero
Con habla desabrida, áspera y dura
Echándose á la frente su sombrero:
Yo, entre dos luces, hora mas segura,
Siguiéndole la pista á un caballero,
Llegué á un portal y en su escalera oscura,
En menos de un minuto de faena
Lo mismo le dejé que un alma en pena.

CLVIII.

Y aqui os traigo el gaban, los pantalones,
El chaleco, el baston y la corbata,
La camisa de holanda y sus botones,
Los calzoncillos , un reló de plata
Con cadena de gruesos eslabones,
Las botas, un bolsillo de escarlata,
El sombrero de felpa, los tirantes,
Las calcetas, las ligas y los guantes.

CLIX.

Cesó de hablar y dióle alborotada
Aplausos mil la turba farisea,
Y propuso la vieja entusiasmada,
Hecha toda de gozo una jalea,
Que á tan digno y tan bravo camarada
Diera un voto de gracias la asamblea,
El cual tras un debate acalorado,
Por unanimidad quedó aprobado.

CLX.

Restablecido el orden, al instante
Volvió á seguir la discusion pendiente,
Y al pedir la palabra otro danzante,
Señores, exclamó: yo, francamente,
Después de haber oído al preopinante,
Tan solo me limitó á hacer presente
Que si bien pescador hoy bajé al río,
Lavandera subí con mas de un lio.

CLXI.

Pues yo, dijo un muchacho muy travieso,
Montándose en los hombros de otro chico;
Yo en la misa de *dos* del *Buen Suceso*,
Metiendo en apreturas el hocico,
Cuatro bolsillos alivié de peso;
Le arrebaté á una vieja el abanico,
El gorro á un aguador, y á una beata
Un relicario de marfil y plata.

CLXII.

Pues nosotros, carisimos hermanos,
Gritó luego un gitano amarillento
Por si y á nombre de otros dos gitanos,
Que de pie se pusieron al momento;
Nosotros tres, pues se nos van las manos,
Los ojos y los pies tras un jumento,
Hicimos noche al despuntar el día
Una burra de leche con su cria.

CLXIII.

Con una carcajada estrepitosa
Fué contestado el orador cetrino,
Que, arrugando su frente resinosa,
A sentarse volvió todo mohino;
Entonces, con voz ronca y cavernosa
Un hombre seco y alto como un pino,
Que era, por lo que oí, sepulturero,
La palabra pidió grave y severo.

CLXIV.

No siempre, dijo recorriendo ansioso
Con siniestras y estúpidas miradas
El hondo subterráneo misterioso,
No siempre, infatigables camaradas,
De aquel recinto triste y pavoroso
Nos ofrecen las bóvedas heladas
Con los restos de un cuerpo que no siente
Tan precioso botín como el presente.

CLXV.

Hoy una tumba por mi mano abierta
Ya su presa esperaba silenciosa:
A poco tiempo inanimada y yerta
Una mujer llegó jóven y hermosa,
La cual en su ataud quedó cubierta
Bajo las negras sombras de una losa
Que al compás de los cánticos de muerte
Para siempre se hundió pesada y fuerte

CLXVI.

Si.... para siempre.... con sonrisa ímpia
Repitió el infernal sepulturero
Haciendo un gesto lleno de ironía,
Que de su corazón horrible y fiero
Bien claro el pensamiento descubría:
Y quitándose entonces el sombrero,
Contemplad! añadió mostrando ansioso
Las señales de un crimen espantoso.

CLXVII.

Llena de asombro yo y horrorizada
Y de dolor el pecho traspasado,
Del mísero cadáver, ya morada,
Envuelta en un pañuelo ensangrentado
Ví una mano ¡gran dios! que fue cortada,
Pues no pudo sin duda aquel malvado
Sacar por otros medios mas sencillos
De sus hinchados dedos tres anillos.

CLXVIII.

Y aquí teneis tambien, grito en seguida,
La hermosa trenza de su rubio pelo,
Que no será por cierto mal vendida;
La túnica de negro terciopelo,
Que no era regular dejar perdida
Entre la tierra y la humedad del suelo,
Y un retrato con marco guarnecido
Que en su seno encontré muy escondido.

CLXIX.

De horrible aprobacion claras señales
En todos los semblantes se advirtieron,
Y con voces y ahullidos infernales
Que de los negros ángulos salieron,
Las palabras horribles y fatales
De aquel mónstruo sacrilego aplaudieron,
Mientras iban cruzando á todos lados
Los dedos de la mano, ya tronchados.

CLXX.

Dieron cuenta despues los que faltaban
De los demas negocios de aquel dia,
Y ufanos por su turno relataban
Estrañas aventuras á porfia,
Escepto dos cofrades que allí estaban,
Miembros de la *secreta policia*
Que entraban á la parte en los despojos
Sin mas trabajo que cerrar los ojos.

CLXXI.

Hizose cargo el presidente luego
De todos los efectos entregados,
Y, segun la costumbre, mandó al fuego
Los de oro y plata para ser vaciados;
Y á la arrugada vieja en un talego
Entregó los restantes bien contados,
Pues ella se encargaba por su cuenta
Del mejor resultado de la venta.

CLXXII.

Pasó despues á repartir tranquilo,
Por ser fin de semana, un dividendo,
Que todos con muchísimo sigilo
Fueron unos tras otros recibiendo;
Y conforme á las prácticas de estilo,
La vieja, al terminar, fue refiriendo
Con voz de pollo ronco cuando pia,
Los partes recibidos aquel dia.

CLXXIII.

Dábase en ellos nota detallada
De varios tragineros conocidos
Que pensaban salir de madrugada
Ya con todos sus géneros vendidos;
Y de cierta señora y su criada
Que segun los informes adquiridos
Iban del Manzanares á la orilla
A almorzar el domingo una tortilla.

CLXXIV.

En su vista el grotesco presidente,
Despues de consultar á la asamblea,
Combinó el plan, y señaló la gente
De mas perversa y misera ralea,
La mas dura y sagaz, la mas valiente,
La mas descamisada y la mas fea,
Y á todos dió, segun sus comisiones,
Oportunas y sabias instrucciones.

CLXXV.

Hubo no obstante excusas no admitidas
Y bastantes enmiendas desechadas,
Pero por fin quedaron discutidas
Las bases principales, y votadas,
Entre mil y mil voces desabridas,
Pegando el presidente dos palmadas
Y estirando sus ojos de lagarto,
Levantó la sesion á la una y cuarto.

CLXXVI.

Yo en tanto en su capote acoquinada
Ni á moverme siquiera me atrevia;
Pero estaba por cierto tan cansada
Y tan tenaz el sueño me embestia,
Que sin cenar, rendida y fatigada,
Pues resistir mas tiempo no podia,
Incliné la cabeza contra el pecho,
Y me dormí como en mi propio lecho.

CLXXVII.

Ignoro pues, y de ello no me pesa,
Lo que pasó en seguida, y solamente
Puedo decir que llena de sorpresa,
Cuando ya el sol tocaba en Occidente,
Despertóme un violin que á toda priesa
Entre un inmenso circulo de gente,
Tocando estaba un ciego de mal gesto,
Que abrí los ojos y me hallé en mi puesto.

CLXXVIII.

Al compás del violin chupada y seca
Una vieja tocaba la guitarra,
Y cantando los dos, él con voz hueca
Y con trinos á modo de chicharra,
Y ella con ecos de gallina clueca,
O cual fuerte percal que se desgarrá
Entonaban romances *en camisa*
Que á unos causaban llanto y á otros risa.

CLXXIX.

Yo advertí que el capote sin embargo,
Durante el tiempo de mi inquieto sueño,
Que ciertamente fue pesado y largo,
Se trasladó á los hombros de otro dueño:
Pero despierta al fin de mi letargo,
De escaparme traté con todo empeño,
Ya que en la calle y á la luz del día
Tan preciosa ocasion se me ofrecía.

CLXXX.

Eché la visual por todos lados
El corro examinando, y vi á un gallego,
Que con los ojos fijos y espantados
Escuchaba los cánticos del ciego:
Y estirando mis miembros fatigados,
Medí el terreno, decidime luego,
Entrambas manos me froté y ligera
Me encaramé de un brinco á su montera.

CLXXXI.

Bien presumí desde el primer momento,
Su facha al ver, que un fámulo seria,
Y no me equivoqué en mi pensamiento,
Pues cuando vió que terminado habia
Del ético violin el ronco acento
Y que ya la guitarra no se oia,
En una lonja entró de ultramarinos
Por higos de los buenos y mas finos.

CLXXXII.

Salió despues, y yo que colocada
Sobre su frente lo iba contemplando,
No pude contener la carcajada
Al observarle que de vez en cuando,
Con suavidad, como quien no hace nada,
Dos ó tres higos se tragaba andando,
No obstante de lo cual con mucho esceso
En la cuenta aumentó número y peso.

CLXXXIII.

Llegó á su casa y yo que descontenta,
Por el tufo infernal que despedia
Aquella piel herpética y grasienta,
Mudar de alojamiento pretendia,
Y porque de las sisas de la cuenta
Daros parte, señor, tambien queria,
Me dirijí al fogon y salté luego
Sobre un gato que vi sentado al fuego.

CLXXXIV.

Pasaba á la sazón por la cocina
Una añeja y asmática doncella,
Mas amarga de gesto que la quina
Con dos largos colmillos y una mella,
Y babuchas de orillo y papalina,
Sobre la cual me puse en tanto que ella
En la alcoba, cantando por lo bajo,
Los colchones mulló no sin trabajo.

CLXXXV.

La blancura, señor, de vuestro lecho
(Porqué habreis ciertamente conocido
Que ya me cobijaba vuestro techo)
La blancura, lo terso y lo mullido,
La opresion y el cansancio de mi pecho
Por tan duros contrastes combatido,
Y otras mil cosas mas que me agradaron
A echar un sueño en él me convidaron.

CLXXXVI.

Me acosté por lo tanto muy contenta,
Y sin recelo me dormí al momento....
Llegásteis vos, y al despertar hambrienta
Un mordisco os tiré, que harto lo siento.
Encendísteis la luz.... yo soñolienta
Temblé, corrí, salté.... mas ¡vano intento!
Que prisionera al fin, aquí rendida,
Vuestra es, noble señor, vuestra es mi vida.»

CLXXXVII.

Cesó de hablar la pulga misteriosa,
Y cruzando sus manos nuevamente,
Se puso de rodillas silenciosa
Pidiendo gracia en ademan doliente:
Y al verla yo tan triste y pesarosa,
Se aumentó mi interés, y tiernamente
La mano la ofrecí, la alcé del suelo
Y su llanto enjugué con mi pañuelo.

CLXXXVIII.

Te perdono, Beatriz, por tu franqueza,
La dije entonees, y ella agradecida
Inclinó reverente la cabeza
Afectada en extremo y conmovida;
Mas luego se repuso, y con presteza
Me dió gracias sin fin, y muy cumplida
Me ofreció su amistad fina y constante,
Que yo acepté en verdad de buen talante.

En tanto brilló el sol y asomó el día
Por la puerta de Oriente de los cielos,
Y en amable y gozosa compañía
Tomamos chocolate con buñuelos;
Y con una elegante cortesía,
Ya depuestos del todo sus recelos,
Se despidió despues, y yo en memoria
Cogi la pluma y escribí esta historia.



LA ESCALERA DEL PALACIO REAL

EL BESAMANOS.

POEMA.

CANTO PRIMERO.

Los que miran.

No de los campos de batalla canto
El ronco estruendo del cañon terrible,
Que al pecho llena de mortal espanto
Cuando vomita la metralla horrible;
Ni el eco del tambor que suena en tanto,
Ni del clarin la voz desapacible,
Ni el crudo rechinar de las espadas
Al chocar por los aires encontradas.

II.

Ni del bajel que por los mares vuela,
Cuando al grito espantoso del corsario,
A su rival que huyendo á toda vela
Alcance dá; ni el rostro sanguinario
Conque empuña en seguida su rodela
Y á la lucha se lanza temerario;
Ni el sangriento abordage en que desgarra
Cuanto toca su dura cimitarra.

III.

Canto al soldado, sí: canto al guerrero
Sin la sangre y el polvo del combate;
Canto al marino sin que horrible y fiero
El huracan sus velas desbarate;
Canto al prelado místico y severo,
Canto al rígido juez, canto al magnate;
Canto por fin, á todos los que ufanos
Acuden por lucirse á un besamanos.

IV.

Del régio alcazar canto la escalera
Sin dar un paso mas ni por antojo,
Porque tal vez inoportuno fuera
De escaleras allá meter el ojo;
No así á tan alta y encumbrada esfera
Llega mi voz, y la escalera escojo
Porque por ella, sin tropiezo alguno,
Todos han de bajar uno por uno.

V.

Lánguido el sol, de nubes circuido,
Con perezosa planta vá despacio,
Y mustio su fulgor y oscurecido
Al medio llega del celeste espacio,
Derramando su luz, entristecido,
Como el pálido brillo del topacio,
Mientras *Reaumur*, según lo que yo infero,
Señala nueve grados bajo cero

VI.

Las doce dan.... el pabellon hispano
Sobre los muros de Madrid ondea,
Sus dos colores ostentando ufano
Y el escudo real que le hermosea;
Y á par del bronce el estampido insano,
Sin que hoy anuncio del combate sea.
Los aires hiende y con su voz aguda
Ventiuna vez el pabellon saluda.

VII.

De cien tambores el redoble suena
Con destemplado y áspero sonido,
Y del ronco clarin á par resuena
El eco penetrante y desabrido;
Por todas partes los espacios llena
El bélico clamor, crece el ruido
Y á un tiempo mismo en plazas y jardines,
Callan despues tambores y clarines.

VIII.

De las marciales musicas en tanto
Comiézase á escuchar la melocía,
Y su sonoro y delicioso canto,
Y su acorde y simpática armonía
Al pecho brindan ilusion y encanto,
Mientras lleno de gozo y de alegría
En confuso tropel, un pueblo entero
Se agolpa en torno de ellas placentero.

IX.

Cruzando sin cesar por todos lados
Vánse viendo llegar mil carruages,
Cuyos bravos corceles enjaezados
Con preeiosos penachos y plumages,
Por apuestos cocheros van guiados,
Que marcan bien en sus diversos trages.
Unos de antaño el cortesano lujo,
Otros de ogaño el estrangero influjo.

X.

De blanca piedra con primor labrada,
Tal que el poder y la grandeza ostenta,
La espaciosa escalera coronada
De apuestos centinelas se presenta:
Corre la vista allí grada por grada,
Que á lo mas alto penetrar intenta,
Y tropieza con cuatro alarbarderos
Inmóviles, erguidos y severos.

XI.

Con ojos impacientes y afanosos,
Por ver bajar la turba palaciega,
Otra turba mas grande de curiosos
Al pie de la escalera se repliega;
Todos se agitan plácidos y ansiosos,
Todos se empinan para ver quien llega,
Y se agolpan, y en tanto movimiento
Ninguno en su lugar está contento.

XII.

Aqui un viejo gotoso con enfado
Reniega de una vieja impertinente
Que un pie de un pisoton le ha destrozado
Por ponerse delante de la gente;
Y á un elegante allí que almivarado
De muger en muger va echando el lente,
Con mucho disimulo un rapazuelo
Le saca del bolsillo su pañuelo.

XIII.

Dispútanse á otro lado acaloradas
Dos mugeres de mala catadura
Un pedestal en donde estan sentadas,
Y una maldice mientras la otra jura:
Y mas allá, con lánguidas miradas,
Una coqueta cautivar procura
A un inglés zanqui-largo y peli-rojo
Que la está contemplando de reajo.

XIV.

Colocados por fin en dos hileras,
 Mezclados todos, hembras y varones,
 Ellos festivos y ellas placenteras,
 Entre gestos códazos y apretones,
 Restriéganse caderas con caderas,
 Laten con inquietud los corazones;
 Y como siempre al ver tanta algazara,
 Solo las madres ponen mala cara.

XV.

Asi en la confusion, una medita
 Servir de escudo, y con el gesto airado,
 Detrás se pone y cuidadosa evita
 Que de su niña el trage delicado
 Roce con el gaban ó la levita
 De un jóven inocente que á su lado
 Le dá de vez en cuando algun ataque
 Por ver si es cierto que usa miriñaque.

XVI.

Asi en la confusion otra enojada
 A sus tres hijas atender desea;
 Pero á las niñas la opresion agrada
 Y no acierta la madre en su tarea,
 Porque á tanto mirar, sobresaltada
 Se ofusca al fin, se aturde y se marea,
 Mientras las tres sin el materno yugo,
 Bien á tanto apretón sacan el jugo.

XVII.

Y nunca falta en tales ocasiones
 Algun vejete enamorado y feo,
 Que haciendo estravagantes contorsiones,
 Engañado en su afan por su deseo,
 Con mal disimuladas intenciones,
 Ande tambien en dulce galanteo
 Buscando, cual versátil mariposa,
 Tan pronto el tulipan como la rosa.

XVIII.

Juntanse pues: los unos apiñados
 Procuran colocarse en delantera,
 Formando calle que hácia entrambos lados
 Se estiende desde el pie de la escalera,
 Mientras menos curiosos y apartados
 Dando vueltas los otros por do quiera,
 Al compás de la bélica armonia
 Cruzan el patio y la ancha galeria.

XIX.

Y crece en tanto y sin cesar se aumenta
 El monótono son de las pisadas,
 Y el confuso murmullo se acrecienta,
 Que entre tantas mugeres agrupadas,
 Si á todas ellas observar se intenta
 No se encontrarán dos que esten calladas,
 Costumbre, al parecer, que desde Eva
 Consigo el sexo entre sus labios lleva.

XX.

Asi el concurso en fin, mas impaciente
Habla y murmura y chilla con enfado,
Cuando un sordo rumor, que de repente
Se oye en el centro, y luego en mayor grado
Crece y se esparce entre la inquieta gente,
Y el saludo marcial que hace el soldado,
Todo revela que el momento llega,
Que baja ya la turba palaciega.

XXI.

De nuevo entonces placida y ufana
La multitud en avanzar se obstina
Para ver la falange cortesana,
Y uno hácia un lado por mirar se inclina,
Y otro á la vez por penetrar se afana,
Y otro entretanto sin cesar se empina,
Y cual si aquello un melo-drama fuera
Se alza el telon y el foro es la escalera.

CANTO SEGUNDO.

Los que bajan.

I.

Lejos de mí la temeraria idea
De llevar tan allá mis pretensiones
Que emprenda en este canto la tarea
De trocar en retratos mis renglones!....
No en ellos busque quien mis versos lea
Maliciosas y torpes alusiones,
Que al volver á pulsar mi tosca lira,
Mi lente solo á la escalera mira.

II.

Se alza el telon.... el pueblo alborozado
Se atrinchera en sus puestos complacido,
Y á par en tanto y del fusil armado
El centinela enfático y erguido
Ensancha mas el cerco allí formado
Con brusca accion y gesto desabrido,
Mientras confusa en algazara tanta
Su dulce voz Melpómene levanta

III.

Fijense, pues, los ojos del que quiera
Ver primores sin fin y maravillas,
Y miren si les place á la escalera
Que yá, sobre zapatos con hebillas,
Dando por flacas lástima á cualquiera,
Bajar se ven estrañas pantorrillas
Y uniformes y placas y cordones,
Bandas, birretes, cruces y galones.

IV.

Aquel que llega encopetado y feo
Descendiendo á compás grada por grada
Y con dulce y meliflúo contoneo
Cerniendo su cintura rodeada
De esa faja carmin, sin mas deseo
Que llamar la atención... ese hace nada
Que alferéz fue, si bien luego ha ganado
De escaleras arriba el entorchado.

V.

Ese que veis sumido en la corbata,
Que un portuégues parece en sus acciones.
Hueco, pomposo, de estatura chata
Y que al bajar empina los talones
Por parecer mas alto, y se dilata
Y se mira al soslayo los faldones,
Ese en palacio por lograr empleo
Se ofreció en holocausto al himeneo.

VI.

Con grandes gafas, plácido y ufano
Aquel otro señor de aspecto grave
Que ahora tan serio, tan altivo y vano,
Ostenta en su cuadril dorada llave;
Místico luego, con rosario en mano,
Y con falsa humildad diestro y suave
Enamora á una vieja cortesana
Que de algun tiempo acá se ha hecho cristiana.

VII.

Aquellos dos de rubia cabellera,
Que parecen mas bien dos figurines,
Cada cual con su casco y su cimera,
Con nuevos y lujosos casaquines,
Y que bajan á saltos la escalera
Para hacer sonar mas sus espolines,
Nietos son del marques de Magallanes
Que hoy entran á servir de capitanes.

VIII.

Con calzon corto de color de grana
Y zapatos de á folio con presillas,
Ancha casaca del calzon hermana,
Crespa peluca y tuertas pantorrillas,
Lessigue un duque de estatura enana
Con dos velas latinas por tirillas,
Doctor en diplomácia tan esperto
Que asi dormido vé como despierto.

IX.

Pues no es nada ¡gran Dios! qué es lo que veo!
¿Quién es ese esqueleto pelicano,
Ancho de frente, carilargo y feo
Que baja la escalera lente en mano
Con derrengado y singular meneo,
Chales y enaguas observando ufano,
Y á cuyo aspecto, aunque sus pies vacilan
Los ojos sin cesar se le encandilan?

X.

Rico uniforme azul, de oro bordado
Y *grandes cruces* en su pecho ostenta
Que un alto dignatario del Estado
Nos revelan en él, segun mi cuenta;
Mas ¿qué dirá en reserva al que á su lado
Grave le escucha con mirada atenta?...
Ya le conozco.... bah!... tanto secreto
Y vendrá recitando algun soneto.

XI.

El que baja detrás, cuya figura
El retrato de un sátiro parece....
Tribuno fué!... y es tal su catadura,
Que solo al verle el pecho se estremece,
Visco de un ojo y blando de cintura
Siniestro aspecto á nuestra vista ofrece,
Si bien es cierto que con mala capa
El mejor bebedor siempre se tapa.

XII.

Vaya otro mariscal de nuevo cuño,
Con faja y con baston y pluma roja
Que nunca agarró el sable por el puño
Sino en paradas por lucir la oja!
Jamás sufrió en la piel ni un mal rasguño,
Pero altivo y soberbio se le antoja,
Porque su torpe vanidad le engaña
Que es el héroe mayor que hay en España.

XIII.

Mas de dónde proviene este jaleo,
Y esta risa sin fin que ahora se nota?
Qué causa este rumor?... Ah!.. ya lo veo....
Es un gorgojo con zapato y bota,
Casaca y espadin, es un pigmeo,
Cuya presencia á todos alborota,
Pues nadie puede ver callado y serio
A un tan lindo oficial del ministerio.

XIV.

Satisfecho tras él, tieso y erguido,
Creyéndose un gigante en su presencia,
Baja un *republicano* arrepentido
Transformado de pronto en *Excelencia*:
Ese uniforme con que está vestido
A cambió lo compró de su conciencia,
Dando encima por él, sin que os asombre,
Hechos pedazos opinion y nombre.

XV.

Con paso firme y ademan osado,
Lleno de orgullo y presuncion camina,
Y de codosabierto y estirado,
El cuello alarga y la nariz empina,
Que al verse de ese modo disfrazado,
Un principe lo menos se imagina.
Sin acordarse que aunque vista seda
La que mona nació, mona se queda.

XVI.

Alto, entrecano, flaco y macilento,
Con gesto de caiman, donde no es mucho,
Pintada su ambicion ver al momento,
Siguele otro *Excelencia*, ya machucho,
Buen náutico en el mar del *tres por ciento*
Y en enredos doctor sublime y ducho,
El cual, si antes por deudas fue acosado,
Conde se hizo despues y potentado.

XVII.

Aquel de mas allá, gordo y macizo,
De enorme panza y abultada frente,
Con su peluca como piel de erizo,
Tan pati-abierto que parece un puente,
Cejjunto, flemático y rollizo,
Con antiguos bordados de intendente,
Años sin fin en su destino cuenta
Siempre arrimado al sol que mas calienta.

XVIII.

Pero apártense á un lado los mirones
Y abran paso, que alli magestuoso,
Pensando en sus escudos y blasones
Baja elmas hueco conde, el mas pomposo,
El de mas corbatin y mas faldones,
El de mayor peluca, el mas vistoso,
El que mejor se liñe la patilla,
El titulo mas vano de Castilla,

XIX.

Este que viene aqui, blanco de pelo,
Tuerto de pies y chato de conciencia,
Semejante al que Dios lanzó del cielo
Y arrojó por traidor de su presencia,
Este astuto y sagaz las coge al vuelo
Y engulle y traga y no halla diferencia,
Y es á su paladar de igual sustancia
Un pan de su pais que un pan de *Francia*.

XX.

Aquel tan encorvado personage
Que asoma por alli pálido y triste,
Que reluciente y elegante trage
De rico paño y terciopelo visto,
Con grandes vuelos de esquisito encage
Y que á besar la mano siempre asiste,
Sordo á mas no poder.... de cierta Audiencia
Há tiempo que Oidor es su reverencia.

XXI.

El otro que á la vez bajando viene
Con los ojos clavados en el suelo
(Sin que el caso cual fábula os disuene)
Es un ciego infeliz, sin mas consuelo
Que una hermana que el pobre en cambio tiene
Cuyos ojos envidia el sol del cielo,
Y al cual, por contemplar los de la hermana,
Le hizo un ministro vista de aduana.

XXII.

Síguenle un arzobispo venerable
Con su ropage de morada tela;
Un capellan de honor dulce y afable
Que por hacer saludos se desvela;
Dos ayudantes arrastrando el sable,
A los que echa arma al hombro el centinela,
Cuatro caballerizos, y á su lado
Un maestrante pulido y estirado.

XXIII.

Distinguense tambien.... mas no por Cristo,
Que el númen ya se ofusca y se marea,
Y yo por tanto de cantar desisto!
Cualquiera al fin que el personage sea,
Sin quererlo mirar lo doy por visto,
Porque todos los ve quien uno vea;
Que cada cual, aunque con piel trocada,
Lobos son en verdad de una camada.

XXIV.

Soberbia en el magnate que imagina
Que todo por su cuna lo merece;
Soberbia en el guerrero que se obstina
En que todo se eclipsa y se oscurece
Al brillo de su espada peregrina;
Soberbia en el mas débil que se crece
Al tocar con su planta la escalera
Cual si el mismo Monarca se creyera!

XXV.

Soberbia y vanidad, hace un momento
En humildad y sumision cambiadas,
Porque al pisar el régio pavimento,
Las que ahora veis enfáticas miradas,
Fijas clávanse en él sin movimiento,
Y llenas de respeto y fascinadas....
Soberbia y vanidad y de igual modo
Adulacion servil.... hélo aqui todo!

XVII

MISTERIOS DEL MATRIMONIO.

I.

[Cenar mal y dormir bien.

En un gabinete estrecho
De un humilde sotabanco,
Que al fin de ochenta escalones
Se encuentra en un piso cuarto:
Al tristísimo reflejo
De una luz que está espirando,
Una muger la camisa
Se mira con mil trabajos.
Grave en tanto se pasea
Un hombre en calzones blancos,
Con un gorro en la cabeza
Y un niño de teta en brazos,
A quien le canta la nana
Por ver si logra callarlo,
Pues llora que se las pela
Y rabia que es un encanto.
En una mesa de pino

Sobre un mantel, que fué blanco,
Una cazuela campea,
Donde en aguanoso caldo
Navegan cuatro mendrugos,
Pobres restos que sobraron
De unas ya cenadas sopas
Hechas con pan atrasado.

Por un lado en la cazuela,
Entre gruñendo y ladrando,
Un perro mete el hocico,
Haciendo gestos á un gato
Que, con mucho disimulo
Y el pelo todo erizado,
Vá alargando poco á poco
Hácia un mendrugo la mano.

Vélo aquel y con enojo
Sus blancos dientes mostrando,
De su enemigo pretende
Castigar el desacato
Y le dá un mordisco fiero
De un ladrido acompañado,
Que es contestado al instante
Con un terrible arañazo,

Crece la gresca en seguida,
Y en los brincos y en los saltos,
Mendrugos, luz y cazuela
Al suelo bajan rodando,
Y queda en tinieblas todo,

Y con pavoroso espanto
El rorro llora mas fuerte,
Jura el hombre y echa tacos,
La muger sobresaltada
Chilla tambien por su lado,
Y el gato malla furioso
Y el perro ladra rabiando,
Y en confusion tan horrible
Se torna en infierno el cuarto.

—Maldicion!...—muger!...—marido!...

—Truenos!...—centellas y rayos!...

Calmada al fin la borrasca,
Buscando la cama al tacto,
Se acuestan y á poco.... el sueño
Los deja en paz y jugando.

MISTERIO II.

La paga.

Sin contar las muchas veces
Que en toda la madrugada
Que al dormido matrimonio
Pone el cachorro en alarma,
Unas llorando por teta
Y otras por lo que se calla;
Y sin contar las fatigas,
Las angustias y las ansias
Que para envolverle á oscuras
Muger y marido pasan;
Contar pretendo el coloquio
Que apenas, rayando el alba,
En las sábanas envueltos
Marido y muger entablan.
—Escucha, marido, escucha,
La muger festiva esclama;
Escucha el cañon que suena
Gastando pólvora en salvas,
Que hoy son, y mucho me alegro,

Cumpleaños del monarca.
—Para mí, dice el marido,
Lo mismo es hoy que mañana,
—Es que ya sabes que afirman
Que van á dar una paga.
—Fresca estás! no te hará daño,
—Te digo que van á darla,
Pues lo sé por la vecina,
Que aunque miente mas que habla,
Cuando nos dá estas noticias
Pocas veces nos engaña.
—Una paga!... y bien ¿qué importa
Si ya está toda gastada?
—Por lo mismo es necesario
Que hagamos las cuentas claras.
Lo primero es un buen traje
De muselina de lana
Que el que tengo está hecho un pingo.
—Ni mas ni menos.—Pues vaya!...
Y que no pida agradece
Camisas y enaguas blancas
Cuando las dos que me restan
Dan compasion al mirarlas,
Por lo rotas y zurcidas
Y por lo muy remendadas:
Mas de esto que cae por dentro
Se nota menos la falta.
—Lo primero, si te place,

Es pagar el mes de casa.
—Lo dicho, dicho, marido,
Qué mes ni qué calabazas!
Si nos despide el casero
A otra parte y santas pascuas.
—Mejor es, muger, que calles.
—Dejame hablar ¡Dios me valga!...
El invierno se echa encima,
Tú, aunque rota, tienes capa,
Y yo un manton necesito
Y una mantilla bordada,
O un sombrero con su pluma
Y un cuello y una corbata,
Y un manguito, una sombrilla
Y un targetero de nácar,
Y guantes de color claro....
No me vuelvas las espaldas.
Y una pulsera ¿lo entiendes?
Sino de las finas, falsa.
Y unas botas de merino
Con las puntas charoladas
Y unos lazos ó unas flores
Y un cinturón esmeralda.
—Sigue, muger, sigue, sigue,
Veremos cuando te cansas.
—Yo nada exijo supérfluo
Sino cosas necesarias,
Mas tú quieres por desnuda

Tenerme siempre encerrada.
—Que en paz me dejes te pido.
—Pues no fuera mala gracia!
—Lo primero es lo primero
Y lo último las galas.
— No así la lengua me busques
Porque tendremos jarana.
—Tendremos lo que tú quieras.
—Pues sí, porque es una infamia;
Y querras abonar antes
El salario á la criada,
La cuenta á la lavandera,
El carbon y las patatas,
Las especias, el aceite
Y las demas zarandajas
Que del almacén de enfrente
Hemos sacado fiadas?
¿Y el pico de cuatro duros
Que debes á doña Blasa?
Y pagarle al zapatero?...
Te hiciera trizas de rabia!
—Y por qué no te has casado
Con algun grande de España?
—Marido, estoy aburrída,
Estoy ya desesperada!
—Pues, muger, presta paciencia.
—Me matas con tu cachaza!
Quieres que me pegue un tiro?

Si estás cesante, trabaja.
Así el coloquio siguiendo,
Se sentaron en la cama
Los dos de muy mal talante,
Los dos de muy mala cara,
El mirándola en silencio
Y ella ensartando palabras
Que iban subiendo de tonos
Como crómatica escala.

El marido sofocado
Coge al fin una almohada.
Se la tira echando un voto,
Mientras ella la otra agarra,
Despierta el chico gritando,
Se aumenta la zalagarda
Hasta que él saltando en tierra,
Coge el sombrero y se larga.

MISTERIO III.

Una dama de alto rango.

Entre pálidos vapores
Que á trozos velan el cielo,
Mientras lloran los tejados
De blanca nieve cubiertos,
Y marca las once y media
El reló del *Buen Suceso*
Y el sol helado de frio
Cruzando vá el firmamento,
Embozada en una nube
Que casi le tapa el gesto,
Una dama de alto rango,
Saltando del muelle lecho,
Se envuelve en su larga bata,
Se mira ufana al espejo,
Y en blandísima poltrona
De encarnado terciopelo
Recuéstase abandonada
Al dulce calor del fuego,
Que se advierte en blanca estufa,
Tras linda pantalla ardiendo,
En tanto que su doncella

Con el mas prolijo esmero
Peina las trenzas doradas
De sus hermosos cabellos.

De entre almohadones de pluma
Preséntase al mismo tiempo
Un diminuto perrillo
Que gracioso y zalamero,
Saltando sobre la alfombra
Con mil bulliciosos juegos,
A su señora se acerca
Que con el mas dulce afecto
Le coloca en su regazo
Después de darle cien besos,
Y cariñosa le halaga
Pasando sus blancos dedos
Sobre las lanas de seda
Del gracioso animalejo.

Peinada al fin, desdenosa
Coge un periódico, y luego
Manda recado al marido,
Que un tanto fruncido el ceño,
De bruces en su bufete
Mil guarismos está haciendo,
Permitiéndole la entrada
Y anunciándole el almuerzo.
Y el buen hombre que la quiere
Y que la adora en extremo,
Dejando á un lado las cuentas

Se hace esperar poco tiempo.
—Adios, esposa del alma,
Le dice amoroso y tierno.
—Adios, la dama murmura
Y sigue despues leyendo.
—Cómo has pasado la noche?
—Así así.... bien mal.---Lo siento.....
¿Qué has tenido, prenda mia?
—No lo sé.... mucho desvelo.
—Acaso una pesadilla....
—Puede ser.—Algun mal sueño....
¿Te has acostado muy tarde?
—A las cinco y media.—Bueno!
A esa hora ó quizás antes
Ya me estaba yo vistiendo,
¿Habrás estado de baile?
—Un rato.—Vaya! me alegro.
—Yo no.—Pues cómo?...—Que quieres!
—Has jugado?—Harto lo siento.
—Habrás perdido?—Mil duros.
—No es á fé poco dinero.
—Y es el caso....—No te apures.
—Es el caso que los debo.
—Malo es eso, pero al cabo
Ya sabes, mi dulce dueño,
Que para tí á todas horas
Están mis cofres abiertos.
—Sé en verdad cuánto me estimas.

—Mucho te quiero en efecto.
—Qué hora será?—La una y cuarto.
—Vas á la bolsa?—Muy presto.
—Volverás pronto?—Lo dudo,
Y harto me pesa.—Lo creo.
—Me permites que en tu mano,
Que no te enojés te ruego,
Un beso mi labio estampe?
—Si es uno solo, consiento.
Besa, pues, su blanca mano,
Almuerzan los dos, y luego
Entra un lacayo y avisa
Que ya está el coche dispuesto;
Y el marido se despide
Con amoroso respeto,
Y apenas suena en la calle
De las ruedas el estruendo,
Un jóven de veinte abriles,
Noble, elegante y apuesto
Con amorosa sonrisa
Entra altivo y satisfecho.

—101—
MISTERIO IV.

El Bolsista.

Desempedrando las calles,
Como los vientos ligera,
De dos caballos tirada
Los dos de color de perla
Y nuevo escudo ostentando
En sus barnizadas puertas,
Una carretela *briska*
No corre á fé, sino vuela.

A la entrada de la *Bolsa*
Donde todo aquel que llega
Trata guardando la suya,
De echar el guante á la agena,
Si bien muchos cuando salen
Con harto dolor se encuentran
En la calle que por nombre
Triste el *desengaño* lleva,
Pues parece que de intento
En tal calle la pusieran:
De la *Bolsa* en la portada
Párase la carretela,
Y un hombre de pelo cano

Y medio cano de cejas,
Con un *paletó* mezclilla
Lijero de ella se apea,
Esclamando en sus adentros
Con voluntad verdadera:
«Voy á ganar los mil duros
Que anoche ha perdido Andrea,
Y algo mas para el regalo
Que hoy pretendo hacer á Pepa,
Pues es su santo mañana
Y es fuerza cumplir mi oferta.»
Marcha, pues, grave y erguido,
Al guarda-bastones llega,
Y como allí le conocen
Sin número el suyo deja;
Y entrando en la *Sinagoga*
Que está de ambiciosos llena,
Compra sin término y vende,
Ya con prima ó ya sin ella,
Y hace mil operaciones
Que unas con otras enreda,
Los millones y los plazos
Anotando en su cartera,
Que así al *contado* las hace
Como á *voluntad* ó *fecha*.
Y al sonar la hora marcada,
Después que la Bolsa cierran,
Monta en su coche, que parte

Veloz como una centella,
Y á una casa que no digo,
Pues no hacen falta las señas,
Llega en breve, y el bolsista,
Lanzándose á la escalera,
De dos en dos escalones,
Con peligro de sus piernas,
Sube hasta el piso segundo,
Llama al cuarto de la izquierda
Y apenas su voz conoce,
Abre el fámulo las puertas
Que para todos cerradas
Están por orden severa,
A lo menos en las horas
Que el buen bolsista está en ella,
Pues en las demas, se sabe
Que otras mil visitas entran.
Blandamente reclinada
Sobre almohadones de seda,
Entre flores y perfumes
Una señora le espera,
(Muger de un oficial sesto
De una oficina de hacienda,
Con cuatrocientos ducados
Total de todas sus rentas)
Y con graciosa sonrisa
Mostrando sus blancas perlas
Y en sus ojos entreabiertos

Miradas de fuego llenas,
Al hombre cano saluda,
Que mas blando que una breva,
Rostro tan bello á su lado
Entusiasmado contempla.

Rompe por fin el silencio
Y saca de su cartera
Billete sobre billete,
Diez, catorce, veinte, ochenta,
Porque ninguno se cansa
En tan graciosa tarea,
El de echárselos encima
Ni de recibirlos ella.

Despues de un rato el bolsista...
La dá la mano y se aleja
Deseándola amoroso
Que muy felices los tenga,

MISTERIO V.

Un marido para todo.

Casóse Juana, que es pobre,
Con Don Diego, que no es rico,
Pero que á falta de ochavos
La tiene tanto cariño,
Que todo en él son extremos
Que rayan casi en delirio.
Y Juana, la pobre Juana
Encuentra en su buen marido
Por mañana, tarde y noche
Un servidor tan activo,
Que jamás echa de menos
Cuidadosos pajecillos,
Ni escuderos, ni doncellas,
De casa grande al estilo,
Ni cocinero de fama,
Ni mayordomo entendido,
Que todo, y le sobra mucho,
Lo tiene en un hombre mismo.

A las seis de la mañana,
Y en el verano á las cinco,
Coge el talego y el cesto
Y váse á la compra listo:
Si hace calor, de levita,
Y de gaban si hace frio.
A su gusto en la plazuela
De puesto en puesto festivo,
Escoge, ajusta barato,
Que anda escurrido el bolsillo,
Y á casa torna ligero,
Ya de víveres provisto.
Levanta su picaporte
Con precaucion y sigilo,
Porque á su esposa que duerme
No la despierte el ruido;
Dirígese á la cocina,
Enciende el fuego tranquilo,
Toma sus disposiciones,
Remángase los vestidos,
Agarra la escoba y barre,
Y asi que todo está limpio,
Puesto el puchero en la lumbre,
Y lo demas prevenido,
Le dá en la chocolatera
Mil vueltas al molinillo,
Y el chocolate á su Juana
La lleva amoroso y fino.

Que roncando á pierna suelta
Despierta dando un bufido,
Restregándose los ojos
Y enseñando los colmillos,
Lo cual se llama un bostezo
En lenguaje mas castizo.
En seguida presuroso
Envuelve y arregla un lio
De chambras y calcetines,
Camisas y calzoncillos,
Refajos, enaguas blancas
Y algo mas por otro estilo,
Y metiéndolo en remojo
En una artesa de pino,
Toma el jabon en sus manos,
Unta bien el reboltijo
Y empieza el dale que dale
Con tan afanoso ahinco
Que no le esceden en mucho
Las lavanderas del rio.
Tiende al sol la ropa luego,
En planchar es un prodigio,
Y no hay muger que le gane
En materia de surecidos,
Ni en componer unas sopas,
Ni en aliñar un principio,
Que es á fè para un fregado
Igual que para un barrido.

Comen, y apenas concluye
De su cocina el oficio,
De pantalones se muda,
Pásale á un frac el cepillo,
Y en el tocador de Juana
Entra obediente y sumiso:
Coge el peine y la pomada,
Le hace la trenza y los rizos,
Le ajusta el corsé, le abrocha
Los corchetes del corpiño,
Préndela los afileres,
Y con amoroso mimo
La dá el brazo y de paseo
Se marchan hasta el Retiro.
Cruzan á la vuelta el prado,
Y por el mismo camino
Tornan sin tropiezo á casa,
A no ser algun domingo
Que la leche amerengada
Con vizcochos ó barquillos
Desde una botilleria
Los llama á voces y gritos.

Váse Juana de tertulia
Al cuarto de su vecino,
En tanto que él adereza
Para la cena un mal guiso,
Del que dan fin á las nueve,
Siempre con buen apetito.

Hacen la cena, se acuestan,
Y aquí..., puntos suspensivos,
Porque antes la luz apagan
Y queda el telon corrido,
Hasta que raya la aurora
Y torna el hombre á lo mismo.



Hacen la cená, se acuestan...
 Y espaldas...
 Porque antes la luz...
 Y queda el talon corrido...
 Hasta que raye la aurora...
 Y toma el hombre a lo mismo...
 Caga...
 Lo habia...
 La...
 Las...
 Prá...
 Y...
 La...
 Se...
 O...
 Y por el...
 Ternas...
 A no ser...
 Que...
 Con...
 Desde...
 Los...
 Y...
 Al...
 En...
 Para...
 Del...
 Siempre...



MISTERIO VI.

Un retrato de su padre.

Envuelta en su negra capa
 De brillantes guarnecida,
 Brindando paz al que duerme
 Y silencio al que medita,
 Soledad al tierno amante
 Que por su dama suspira;
 Lágrimas al que padece,
 Al venturoso alegría,
 Y tinieblas al malvado
 Que con traidora perfidia,
 Armado de blanca daga
 Tras el crimen se desliza;
 Envuelta en su negra capa
 De brillantes guarnecida,
 Misteriosa por el mundo
 La oscura noche camina.
 En una alfombrada alcoba
 Y al traves de unas cortinas,

Desocupado al presente
Blanco lecho se divisa,
Y en un velador que á un lado
Del gabinete se mira,
Mustia y opaca refleja
La llama de una bujia.

Lánguida y bella Matilde,
Cavilosa y pensativa,
Con melancólicos ojos
Y pálida de megillas,
Unas veces se pasea
Al parecer mas tranquila,
Y otras triste y fatigada,
Sentada en cómoda silla,
Suspira, se desespera,
Y se queja y se contrista,
Mientras una vieja roma,
A quien llaman doña Elisa,
Y un Señor, don Juan de nombre,
Este inquieto, aquella esquiva,
Puestos uno á cada lado
La consuelan y la animan.

Sentado á la chimenea,
Porque la noche está fria,
Un viejecillo entretanto
Las rojas ascuas atiza,
Y de vez en cuando el pulso
De la paciente examina

Anunciando al fin y al cabo
Que el momento se aproxima.
El don Juan que es el marido,
Con halagos y caricias
Calmar de su esposa quiere
Las ansias y las fatigas.
La vieja, que es *Mamá Suegra*,
Murmura, gruñe y critica
Porque nada allí se hace
Como en sus tiempos se hacia.
El viejecillo risueño,
En quien, sin que yo lo diga,
Comadron y cirujano
Fácilmente se adivina,
Alzase sobre las mangas
Los puños de la camisa;
Y Flora, que es de Matilde
La doncella favorita,
Vá y viene, y lleva y dispone,
Y entra y sale ufana y lista.
De repente con mas fuerza
La pobre Matilde chilla,
Y suegra y yerno se asustan
Y el viejecillo se inclina,
Y Flora sobresaltada,
Por acudir mas de prisa,
Con el velador tropieza,
La luz al suelo derriba

Y quédase á oscuras todo
Y todos á un tiempo gritan.

Sale la doncella y vuelve
Con una vela encendida,
Y al momento lo primero
Conque se encuentra su vista
Es con un reciennacido,
A quien con cara de risa
Afanosa Mamá-Suegra
Envueive en unas mantillas.

Entonces con disimulo
Sale otra vez, y en seguida
Baja á escape la escalera,
Llega á la puerta festiva,
Y á un jóven de gaban blanco
Que, al verla se la aproxima,
Con muchísimo misterio
Y maliciosa sonrisa,

«Ha sido un niño, le dice
Que es de usted la estampa misma.»
Torna despues á la alcoba,
Se acerca á su Señorita,
Y con sola una mirada
Perfectamente se esplica.

A la mañana siguiente
Comienzan á entrar visitas,
Y todas al ver al niño,
En Don Juan sus ojos fijan

Y esclaman ;Que parecido!...
No puede negar la pinta!...
Es de su padre un retrato!...
Y él, con la baba caida,
Complácese en escucharlas
Y ufano al infante mira,
Cada vez que alguna de ellas
Ser su retrato le afirma.



Y exclaman ¡Oh patria!
No puede negar lo que
Y todos a un tiempo
Solo la patria
Y el don la patria
Con uno en el pecho
Compañeros en el alma
Y al momento
Conque se enciende
Cada vez que alguna de ellas
Es con un roce
A quien con cara de

Alfonso Magna-Sierra
Ervosio en una matilla
Estancia con saliente

Salte otra vez y
Baja a casa la
Llegó a la puerta
Y a un joven la

Que, al verle
Con mucho
Y meloso

Ha sido
Que si
Tiene
Se acerca
Y con
Perfectamente

A la mañana
Comienza a entrar
Y todas al ver al niño
En sus ojos



A UNA COQUETA.

Soneto.

Citástemme á las doce, Margarita,
Y tardé sin querer y fui á la una,
Y no tuve en verdad poca fortuna
Al hallar en tu casa otra visita.
Dieron luego las dos... tú estabas frita,
Y era muy natural sin duda alguna,
Pues llegó en ocasion tan oportuna
Otro galan á quien le diste cita.
Entró el cuarto á las tres... Válgame el cielo!
Los cuatro te observamos y te vimos
Con los ojos clavados en el suelo.
Nos miramos despues y nos reímos,
Y creció con razon tu desconsuelo
Cuando de tí á la vez nos despedimos.

Lo poco y mal que
El juego de sus
Y no es raro
Por que es claro

A UNA VIEJA.

Soneto.

Siempre, Señora, que el semblante os veo,
Ya os mire de perfil, ó ya de frente,
Se me eriza el cabello horriblemente
Y lleno de pavor en brujas creo.

Otras veces al ver rostro tan feo
Pienso y discurro, y para mí es corriente,
Que sois por línea recta descendiente
Si de un Escriba no, de un Fariseo.

Mil veces sin embargo encandiladas,
Mientras sus pliegues vuestro gesto olvida,
Fequiérenme de amor vuestras miradas.

Mas ay, Señora!, que antes por mi vida
Quisiera yo de un toro cien cornadas,
Que de vos el temor de una embestida.

LOS ARREPENTIBOS.

Yo soy, hermano Bartolo,
Un creyente arrepentido,
Aunque bien tengo entendido
Que no debo ser yo solo.

No por cierto,
Pues advierto,
Segun á cualquiera escucho,
Con mas ó menos razon,
Que unos poco y otros mucho
Todos, hermano, lo son.

Escuece de todas veras
A los que ministros fueron
Lo poco y mal que esprimieron
El jugo de sus carteras.

Y no es raro,
Por que es claro

Que al creyente que de ciento
Noventa y nueve chupó,
Le queda algun sentimiento
Por el uno que dejó.

—
Pésale al Jurisconsulto
Su título de abogado,
Y un médico vé al letrado
Con cierto pesar oculto.

Y se entiende
Que esto pende
De que el médico en el foro
Solo vé pleitos sin fin,
Y el otro juzga un tesoro
Las recetas en latin.

—
Pesa al bolsista quebrado
Haber jugado á *la baja*,
Y pésale la baraja
A un banquero desbcanado.

Y en su apuro
Es seguro
Que echan bolsista y banquero
Con cristiana contriccion
Mas de un voto á su dinero.
Y mas de una maldicion.

Pésale al sastre la aguja,
La tela, el dedal y el hilo,
Y al pintor, por otro estilo,
El lapiz conque dibuja.

Y lo creo,
Porque veo
Que en este mundo mezquino,
Con mas ó menos rigor,
El oficio del vecino
Parece siempre el mejor.

—
Pésale á un cura el manteo
Y á un sacristan el roquete,
Y su varilla á un corchete,
Y su estampa á un hombre feo.

Y no es raro
Porque es claro
Que debajo de la luna,
Con mas ó menos afan,
De su suerte y su fortuna,
Todos renegando están.

—
Al marido mas bendito
La bendicion no le pesa;
Mas si le apuran confiesa

Que vive tostado y frito.
Y se entiende
Que esto pende
De que con distinto nombre
Casi siempre suelen ser,
Un perro que muerde, el hombre;
Y una gata, la muger.

A mi me pesan, Bartolo,
Mis versos y mis cuartetos,
Aunque entre tantos poetas,
No he de ser malo yo solo.
Y lo creo
Porque veo
Que hoy todo vicho viviente
Asciende al monte Helicon
Y hace coplas de repente
Con rabiosa inspiracion.

Asi de tantos gemidos
Saco en claro, y no es dudoso,
Que es este mundo engañoso
Un mundo de arrepentidos.
Si por cierto;
Pues advierto,

Segun en unos escucho,
Y en otros segun se vé,
Que unos poco y otros mucho
Todos tienen su por qué.



LOS SIETE PECADOS MORTALES.

Soneto.

Retratada, Señora, en vuestra frente
La soberbia se vé, mientras se mira
La sórdida avaricia que respira
Vuestra nariz acústica y saliente.
De vuestros ojos la pupila ardiente
Dice que en vos el otro no es mentira,
Y vuestra palidez marca la ira
Que casi siempre vuestro pecho siente.
Vuestro espacioso estómago en la mesa
Jamás se sácia, y sin embargo advierto
Que os tiene hecha la envidia una pavesa.
Y se conoce á la verdad y es cierto,
Y todo aquel que os vé dice y confiesa,
Que de pereza ya no os habeis muerto.

A UNA INGRATA.

Soneto.

Hiel en mis labios, y en mi pecho fuego,
Lava por sangre en mis ardientes venas,
Y con manos y pies entre cadenas
A pedirte un favor reudido llego.
Oye, muger, mi fervoroso ruego,
Tú, que mi vida de amargura llenas,
Y con doble rigor calma mis penas
Que al fin á tí y á discrecion me entrego.
Si ingrata siempre y siempre descreida
Has de escuchar mi amor, toma esta daga
Y pon con ella término á mi vida:
Mas antes deja en hora tan aciága
Que yo te enseñe á dar, y en tí la herida,
Porque aprendas mejor, mi puñal haga.

UN DESENGAÑO DE AMOR.

Queriendo probar ufano
Las uvas de vuestra parra,
Por mas que estendí la garra
No pudo alcanzar la mano.
Cual la zorra, ineficaces
Mis esfuerzos conociendo,
Torcí el gesto suponiendo
Que aun estaban en agraces:
Y me marché meditando
Esperar á mejor hora,
A dios rogando, Señora,
Y á par con el mazo dando.
Volvi á la carga otro día
Porque á mi constancia plugo,
Que al cabo saca mendrugo
Pobre que mucho porfia.
Y con embestidas nuevas,
Ya las miro, ya las toco
Conoci que poco á poco
Suelen madurar las brevas.

Cumplióse al fin mi esperanza
Y vi, comiendo á destajo,
*Que con paciencia y trabajo
Todo en el mundo se alcanza.*

Mal al verme hoy satisfecho
Os pesa vuestro permiso,
Porque á lo hecho es preciso,
Cual suele decirse, *pecho.*

Mostraros arrepentida
Es á fé lo que se llama
*Dar los palos en la cama
Después de la liebre ida.*

Es, Señora, al fin y al cabo,
Predicar en un desierto,
*O al asno que ya está muerto
Echar la cebada al rabo.*

No obstante, me ha sorprendido
En tan estraña contienda,
*Que vos os pongais la benda
Cuando yo soy el herido.*

Pero que chilleis os dejo,
Advirtiendos que os cansais,
Pues por mas que me digais
No hay tus tus á perro viejo.

Y no vuestra voz me arredra,
Que os conozco bien á fondo,
*Y jamás la mano escondo
Si llego á tirar la piedra.*

Sé bien que teneis mas caras
Que abalorios un rosario,
Y por eso es necesario
Que hagamos las cuentas claras.

Que os entré con plan oculto,
No digais, Señora mia,
Pues visteis el primer dia
Que me fui derecho al bullo.

Al son, pues, de mis doblones,
Comencé mis maniobras
Pues sé que *amores son obras
Y no estudiadas razones.*

Mas ya que del caso os hablo,
Os diré con fé sincera
Que no pensé que estuviera
Detrás de la cruz el diablo.

Y que si probé afanoso
Uvas que bien me supieron,
Muy pronto mis ojos vieron
Que hasta el fin nadie es dichoso,

Asi trabajais en vano
Diciéndome que me marche.
Porque eso es poner el parche
Antes de que salga el grano.

Y en vuestro necio despecho
Mal por Dios disimulais
*Que al revés os explicais
Porque os entienda al derecho.*

Mas ni por eso á fé mia
Tornaré á vuestro emparrado
Que el gato que está escaldado,
Se asusta del agua fría.

Adios pues, y no os asombre
Que en donde quiera que os vea,
Siempre mi saludo sea
Quien no os conozca que os compre.



LAS MOSCAS,

Las moscas en el verano
Y en visitas de cumplido
Son lo mas entretenido
Que puede ver un cristiano.

Una aléve y pegajosa
Volando de cara en cara,
Ya se sabe que se para
En la que está mas pringosa.

Otra recorre á su antojo
Las facciones del paciente,
Y asi le pica en la frente
Como le muerde en un ojo.

Si hay un calvo en la visita,
Por mas que el pobre la espante
Tenaz la mosca y constante
De encima no se le quita!

Otras veces se atrinchera
Entre una oreja y el pelo,
Y juguetona dá un vuelo
Y torna alegre y ligera.

Otra suele mas golosa
Y aficionada al gigote
No apartarse del vigote
De una vieja tabacosa.

O haciendo una morisqueta,
Que siempre causa cosquillas,
Manchar las rojas mejillas
De alguna linda coqueta.

O quizá recien llegada
De donde duermen los muertos
En los labios entreabiertos
De una ninfa hacer parada.

Llegada acaso.... ¡dios mio!
De algun muladar hediondo
O tal vez de lo mas hondo
De algun hospital sombrío.

Mas no hay paciencia en la tierra
Cuando se está en la visita

Y declara una maldita
A alguna nariz la guerra.

Precisamente en la punta
Clávasele á un desdichado
Mientras una dama al lado
Le dirige una pregunta.

El responde con afecto
Mas por dentro se sofoca
Y arruga nariz y boca
Para auentar al insecto.

La señora á toda priesa,
Sin cesar charla que charla,
Y él al tener que escucharla
De hacerle muecas no cesa.

Porque cada vez que siente
El molesto cosquilleo,
Dándole al rostro un meneo
Hace un gesto diferente.

Ella es una de estas damas
Que buscan en letras gloria,
Porque saben de memoria
Retazos de algunos dramas.

Sigue el coloquio y en breve
Torna la mosca á su puesto
Y por mas que él tuerce el gesto
Ya el animal no se mueve.

—
Por quitarselo de encima
Ansioso el dedo levanta,
Y aunque la mosca se espanta
Otra vez se le aproxima.

—
En tanto con mas denuedo
Ninguno del tema sale,
La mosca dale que dale
Y él dále que dále al dedo.

—
Pero por fin inhumano
Al ver que el dedo no basta,
La nariz casi se aplasta
Con la palma de la mano.

—
Ella que entiende el language,
Burlándosele atrevida,
Vuela, escapa, y en seguida
Le embiste con mas corage.

—
Y con pasitos menudos

En lo interior se le mete,
Y le hace dar al pobrete
Un centenar de estornudos.

—
Nótalo la concurrencia
Y disimula la risa
Mientras él mas que de prisa
Hácela una reverencia.

—
Coge en seguida el sombrero
Bárbaramente amoscado
Y en sudor casi empapado
Sale á la calle ligero.

—
Que nada hay seguramente
De pezadez mas ingrata
Que una tonta literata
Y una mosca impertinente.

LOS DIEZ MANDAMIENTOS.

Soneto.

Ultimo adios al Carnaval.

Que tú no amas á Dios es evidente
Cuando juras su nombre tan en vano;
Y aun es fácil pensar que no es cristiano
Quien jamás en el templo está presente.
De tus padres te mofas imprudente,
Y de tu amigo con furor insano
En su pecho un puñal clava tu mano
Y el sexto infringes luego mansamente.
Coges lo que no es tuyo, y á cualquiera
Un falso testimonio le levantas,
Y hablas y mientes de cualquier manera:
Ves cien mugeres, quieres otras tantas,
Ambicionas la tierra toda entera,
Y así en fin sin temor los diez quebrantas.

Con eso importante
Predica el
Severa y cruel.

A UNA VISCA

Soneto.

¿Por qué llegan á tanto tus enojos
Y á tanto tu rigor, Inés, conmigo
Que cada vez que mi pasión te digo
Grave me miras con torcidos ojos?

Por qué siempre que yo tus labios rojos
O tu sonrisa ó tu candor bendigo,
Me miras cual si fuese tu enemigo
Aunque me tengas á tus pies de hinojos?

Júrasme sin embargo amor ardiente;
¿Pero como es posible que así sea
Mirándome tan mal?... tu labio miente;

Y es fuerza pues. para que al fin te crea,
Que á derechas, Inés, y frente á frente
Tan siquiera una vez tus ojos vea.

EL ENTIERRO DE LA SARDINA.

Ultimo adios al Carnaval.

Del astro celeste
Que paso entre paso
Desciende al ocaso
Con mústio fulgor,
La pálida frente
Que aun brilla encendida
Le dá al campo vida
Fragancia y color.

A par la Cuaresma
Con gesto iracundo
Escuálida al mundo,
Hoy llega con él;
Y flaca y hambrienta
Con eco importuno,
Predica el ayuno
Severa y cruel.

Con santa ceniza
La frente tiznada,
Así descarnada
La vé el Carnaval.
Y ya en su agonía,
Burlándose esquivo
Con pie fugitivo
Se vá hasta el Canal.

Y allí donde ameno
El prado se ostenta.
Y luce y presenta
Su bello matiz;
Do blando y risueño
Se vé al Manzanares,
En nuevos cantares
Prorrumpe feliz.

Festivas y alegres
Las turbas le alcanzan,
Y brincan y danzan
Con mágico afán;
Y bullen y crecen,
Y saltan y gritan,
Y ufanas se agitan
Y mil vueltas dan.

Allí la careta
Su imperio recobra,
Y abunda y no sobra
De Baco el licor;
Y cunde la gresca,
Y nadie se tiene,
Y el jarro vá y viene
Con plácido humor.

Estraños disfraces,
Parejas, comparsas,
Fidículas farsas
Se ven por do quier.
Cuál vá fiero y grave
De moro vestido;
Cuál siendo el marido
Se torna en muger.

Cuál lleva una caña
Y á un hilo sujeto
Un higo, al que inquieto
No deja parar.
Y en torno se afanan
Los chicos saltando,
Y abriendo y cerrando
La boca á la par.

Acá el uno ostenta
Magnífico potro,
Y vá encima el otro
De un flaco rocin.

Allá cien parejas
Esprimen la bota
Y bailan la jota
Al son del violin.

Allí, que es el caso,
El pueblo camina,
Con una sardina
Que lleva á enterrar.

Y el cuerpo ostentando
En feretro abierto,
Responsos al muerto
Se le oyen cantar.

Costumbre algo rancia,
Si bien no se entiende,
Que la hora suspende
Del santo rigor.

Costumbre que grata,
Si no en razon puesta,
Dá nombre á la fiesta
Pretesto al licor.

En tanto azás ebrio,
Rendido, espirante
Do quiera constante
Se vé al carnaval.

Y el baile, el jaleo,
Las bromas que crecen,
La imágen ofrecen
De atroz bacanal.

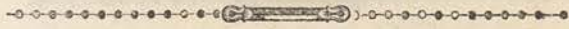
Mas ¡ay!... la Cuaresma
Que al cabo le alcanza,
Del mundo le lanza,
Marchando ella en pos.

Y ya entre tinieblas
Las turbas ansiosas
Le dan bulliciosas
El último adios.

En tanto que el mundo
 Rendido, espantado,
 Y va en busca de un
 De un loco, loco loco
 Y el pobre, el pobre
 Las promesas que
 La imagen ofrecida
 De otros hacían, sólo

Alas... la...
 Que el...
 El...
 Con una...
 Que lleva a...
 Y el cuerpo...
 En feretro...
 Respuestas al...
 Se le oye...

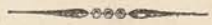
Costumbre algo rancia,
 Si bien no se entienda,
 Que la hora suspende
 Del santo rigor.
 Costumbre que grata,
 Si no en razón puesta,
 Da nombre a la fiesta
 Pretento al licor.



A UN GRANDE.

Soneto.

Si grande plugo á tu fortuna hacerte
 Acaso fue por caprichoso antojo;
 Y tal, que á fé, si no lo has por enojo,
 Todos se llevan chasco al conocerte.
 Mal por grande en verdad puede tenerte
 Quien te vé con la talla de un gorgojo,
 Ni quien solo á merced del anteojo,
 No obstante tu grandeza, logra verte.
 Grande de corazon menos te creo,
 Que fuera circunstancia muy estraña
 Corazon grande en pecho tan pigmeo.
 Tu nombre sin embargo no me engaña,
 Que aunque en tí nada que lo afirme veo,
 Sé que eres grande.... si, grande de España.



—

RECUERDOS.

Una tarde, que pasó
Como la ilusion de un niño,
Como pasó aquel cariño
Que mal tu labio juró:

—

Tarde por cierto, que fué
De un verano ya olvidado,
Dando vueltas en el Prado
Me miraste y te miré.

—

Cautivóme el corazon
De tu cuerpo el talle airoso,
Luciendo un traje gracioso
De blanquísimo crespon.

—

Tus negros ojos, muger,

Me hirieron de muerte luego,
Y en las llamas de su fuego
Sentí mis venas arder.

Asi fué que al verte allí
Entre mil mugeres bellas,
Me olvidé de todas ellas
Por no pensar mas que en tí.

Siguiendote averigué
La calle donde vivías,
Y pasé noches y dias
De tus balcones al pie.

Movióse tu compasion
Al verme á tí tan devoto,
Y no echaste en saco roto
Mi amorosa inclinacion.

Pensélo al menos asi
Las tardes y las mañanas,
Que al través de tus persianas,
Tus rasgados ojos vi.

Esperando una ocasion

Por ver si hablarte podia,
Puesta la mantilla un dia
Te ví asomada al balcón.

Facil comprenderte fué...
Saliste con tu doncella,
Me acerqué, se apartó ella,
Seguí á tu lado, y te hablé.

Al jurarte mi pasion
Mi labio no te engañaba,
Que ya, muger, te adoraba
Con todo mi corazón.

¿Mas por qué vuelves asi
Tus ojos hácia otro lado,
Si te hablo de lo pasado
Y nada exijo de tí.

Dígnate pues escuchar,
Y cálmate, que te entiendo,
Y no con versos pretendo
Tu afecto reconquistar.

Si hoy ya te cansa mi amor,

Enhorabuena cien veces,
Que no vengo á tí con preces
Para ablandar tu rigor.

Menos severa en verdad
Mi declaracion oiste,
Que al cabo te sonreiste
Con dulce amabilidad.

Y si á tanto me atreví,
Sin grande desconfianza,
Tú animaste mi esperanza
Porque en tus ojos creí.

Ví luego un año pasar
Siempre á tu lado contento,
Sin mas que tu pensamiento
Y sin mas que desear.

Y embebido en mi ilusion
Al ver lo bien que fingias,
Sin sospechar que mentias,
Dí crédito á tu pasion.

Y tus palabras, muger,

Si en mi amor cupo incremento,
Como á las llamas el viento
Le hicieron mas fuerte ser.

Y en mi ardiente frenesí,
Y en mi delirio amoroso,
Solamente era dichoso
Cuando estaba junto a tí.

Pero tu inquietud depón
Y mis razones escucha,
Que si tu impaciencia es mucha
Pocas mis palabras son.

Decir que no te adoré
Con voluntad verdadera,
Mezquina venganza fuera
Que cuadra mal á mi fé.

Decir que en tí jamás vi
Pruebas de amor repetidas,
Quejas fueran muy mentidas,
Que nunca saldrán de mí.

Negar no obstante ese amor,

Decir hoy que no lo creo,
¿Qué extraño, cuando al fin veo
Que he vivido en un error?

—
Un año más!.. ay de mí!...
Tras él llegó mi amargura,
Que siendo tú mi ventura
A mi pesar te perdí.

—
Por no cansar tu atención
Paso en blanco de esta historia,
Lo que estará en tu memoria
Mejor que en tu corazón.

—
A mi destino cedi
Y entró el dolor en mi pecho,
Y en llanto de amor desecho
A tí mis ojos volví,

—
Dichoso entonces, mujer,
Te ví tus brazos abrimme,
Y en ellos pensé morirme
Llena el alma de placer.

—
Necio yo que en mi ilusión

No supe tener presente
Que una muger siempre siente
Venganza en su corazón!

—
Fingíste me tanto afán
Para gozarte en mi daño,
Y aumentar el desengaño
Que hoy tus desdenes me dan.

—
A una ausencia en su rigor
Condenó me luego el hado,
Y te esperé confiado
En tus palabras de amor.

—
Palabras!... necio de mí!...
Ahora su objeto presumo....
Palabras que fueron humo,
Necio yo que las creí.

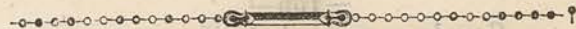
—
Has vuelto y en vano ya
Te espero como solía,
Que uno y otro y otro día
Cerrada tu reja está.

—
Y al hallarte alguna vez

Por acaso en el paseo,
Que tornas los ojos veo
Con enojada altivez.

Muéstrame, pues, tu crueldad
Que de tu gracia he caído,
Y que tu amor he perdido,
Si es que tu amor fue verdad.

Y amárgame tu desden
Y de mi suerte me duelo,
Pero me queda el consuelo
De conocerte muy bien.



NOCHE DE TRIFULCA.

Lances ocurridos á un Andalúz y refe-
ridos por él mismo con muchísima serie-
dad del modo siguiente.

PRIMERA PARTE.

*De como habiéndome puesto á leer me dió sue-
ño y me dormí. Reflexiones que hice antes: causas
y motivos que me despertaron despues y me obliga-
ron á dejar la cama y salirme á la calle en busca
de aventuras; primeros contratiempos que me acon-
tecieron.*

«Bella parece la azulada esfera
Cuando en su centro el sol resplandeciente
Sus luminosos rayos por do quiera
Y el fuego ostenta de su roja frente.»

«Cuando su pura y deslumbrante llama
Que dá color y encanto y lozania
Desde su trono celestial derrama
Y hace en el mundo renacer el dia»

«Porque todo sin luz se desvanece,
Todo nos miente y nuestra vista engaña,
Y asi el cisne sin luz negro parece,
Y negra el agua en que sus plumas baña.»

«Negro el faisán sin mágicos colores,
Negro el arminio sin su piel nevada,
Negras las bellas y pintadas flores,
La tierra toda negra y enlutada.»

«Mas qué importan del sol al tierno amante
Esos rayos de luz, si en noche oscura
Es solo cuando besa delirante
La boca celestial que amor le jura?»

«Qué le importan á aquel que venturoso
En las tinieblas de la noche umbria
Apura el cáliz del licor sabroso

Que amor le niega mientras dura el dia?»

.....

.....

.....

Palabras eran estas de un librote,
Receta contra insomnios y desvelos,
Que cual parte integrante de su dote
A mi abuela dejaron sus abuelos.

Una noche leyendo entredormido
El paso del amor y el *besuqueo*,
Al suelo lo tiré, porque aburrido
Vi que cada renglon era un robleo.

Ni á mí me mata afán, ni amor me llama
Su nectar á beber en copa alguna....
Mas para dar tres besos á una dama
Igual me dá del sol que de la luna.

Para escribir de noche un mal soneto
La escasa luz de mi candil me sobra,

Y si en la cama á oscuras los pies meto
Sin tropiezo el dormir pongo por obra.

Hicelo así en efecto ya cansado,
Me acurruqué, me arrebujé en el sueño,
Y del libro y los besos olvidado
Me quedé en un instante como un leño.

Pero es el caso que por mas que ideo
Jamás dejan mi alcoba unos mosquitos
Que, al son de su enojoso trompeteo,
Muerden como demonios los malditos.

Y hay además insectos de otra escuela
Que emboscados me acechan desde el techo,
Y al mirarme dormido, con cautela
Se descuelgan furiosos en mi lecho.

Y la piel me devoran á mordiscos
Y la sangre me chupan y me beben,
Y aunque con ellos siempre ando á pellizcos
Del cuerpo á tres tirones no se mueven.

Ellos la causa de tragedias fueron

De las que salí bien, porque á Dios plugo,
Que á otros con menos sin piedad pusieron
El cuello entre las manos del verdugo.

Mas de cien mil batiéronse conmigo,
Y aunque yo batallé con pies y brazos
Cedí rendido el campo al enemigo
Y acribillado el cuero á picotazos.

Enderecé de un salto la persona,
Cogí capa y sombrero, todo á oscuras,
Y debajo del brazo la tizona,
Salí á la calle en busca de aventuras.

Admirando iba pues, entusiasmado
El modo con que Dios dispuso el mundo,
Cuando escuché que daban á mi lado
Un suspiro muy largo y muy profundo.

Volví la cara, y tras salientes rejas,
Vi á la luz de un farol que agonizaba
Una muger que entre sentidas quejas
El llanto de sus ojos enjugaba.

Yo que nací, lo digo y lo confieso,
Con tanta inclinación á las muchachas,
Que hartó por las morenas pierdo el seso
Y me hago por las rubias unas gachas:

Yo, que hablándose de ellas, y no es broma,
No puedo, como hay Dios, irme á la mano,
Y es para mí lo mismo nariz roma
Que nariz como pico de milano:

Yo que igual gracia encuentro á una delgada
Como á otra gruesa aunque parezca un fardo,
Y mas cuando ya es cosa averiguada
Que todo gato por la noche es pardo;

Acerqueme á la reja presuroso
Y con mucha dulzura y melodía
Le pregunté en seguida cariñoso,
Cuál era el mal que tanto le afligia.

Nublado y negro se mostraba el cielo....
Se oyó en la catedral sonar la una....
Sevilla estaba en paz, y por su suelo
Cruzaba apenas ya persona alguna.

Era una calle estrecha y escondida,
Que forma por mas señas un recodo,
Y que «Horno de las Brujas» se apellida,
Nombre que á la verdad lo dice todo.

Yo gafas nunca en mis narices monto,
Mas la luz de tal suerte reflejaba
Que vi á la dama, sin notar al pronto
Que con ella un mancebo conversaba.

Llegarme, preguntarle, y de repente
Sentir como una mano de gigante
Que el rostro me aplastó bárbaramente,
Cosa fue ¡vive Dios! de un solo instante.

Respondí como pude á la indirecta,
Púseme en guardia armado del acero;
El un puñal sacó, y en línea recta
Hacia mi pecho le asestó ligero.

Yo precisado á sostener la riña
Terciémé con primor la capa al hombro....

Tiró, tiré, le herí, cayó, y la niña
Agudo grito dió llena de asombro.

De su chuzo y farol y pito armado,
Y de un perrillo ladrador seguido,
Un sereno acudió que sofocado
Lanzarse sobre mi quiso atrevido.

Si corro, imaginé, toca á llamada,
Me sale otro al encuentro, y me hace frente....
Taparle pues la boca con la espada
Es el golpe mas cierto y mas prudente.

Llegó el hombre furioso como un toro,
Mediaron unas cuantas palabrillas,
Y aunque ofrecile de mi bolsa el oro
Me quiso con el chuzo hacer cosquillas.

Que hice yo al verle?.. ¡paf! en un costado
Le di con la tizona un mete y saca,
Y cayó contra el suelo atravesado
Derramando mas sangre que una vaca.

Tranquilo entonces ya saqué el pañuelo,
Enjugué de mi frente el sudorcillo,
Limpié las manchas de la espada al vuelo,
Y lo guardé otra vez en mi bolsillo.

De todas sus insignias luego al punto,
Plan que allí me ocurrió súbitamente,
En un instante despojé al difunto,
Y de sereno me vestí prudente.

Mas ay! que pregonando la hora dada
Ya iba dejando atrás ambos delitos,
Cuando encontré á una ronda, que admirada
Se quedó de mi facha y de mis gritos.

La luz un ministril me puso en rente
Como si alguna novedad buscara,
Y al ver en mi capuz sangre reciente
Cada cual hizo un gesto con la cara.

Despues de mil preguntas que me hicieron,
Visto y examinado mi capote,

A una voz por el pronto dispusieron
Que una cuerda me echasen al cogote.

Que me atasen los brazos fuerte y duro,
Y á la cárcel al punto me llevarán,
Y que en el calabozo mas oscuro
Con dos pares de grillos me encerraran.

Ya á echarme el guante un alguacil venia...
Vilo, y en tanto me mantuve quieto,
Discurriendo con calma y sangre fria
El modo de escapar de aquel aprieto.

Ir uno contra diez que van á escote,
Era tan solo temerario arrojo....
Tiré chuzo, farol, pito y capote,
Y les dí á conocer que no era cojo.

Como zancudos galgos que afanosos
Tras de una liebre salen desbocados,
Todos partieron tras de mi rabiosos,
Unos con armas y otros desarmados.

Carreritas á mi!... Donosa idea
Cuando envidia mis pies el mismo viento
Y si digo á correr, llevo á Guineá
Sin que me haya alcanzado el pensamiento!

Carreritas á mi!.... la turba impia
En vano se cansó.... yo llegué al puente. ...
Me detuve, escuché, solo se oia
El sordo murmurar de la corriente.

SEGUNDA PARTE.

Del repentino, inesperado y peligroso aprieto en que me vi en seguida, y de como pude escapar de él. Llegada á nado á la Cartuja: sorpresa y susto de los monges y estratagema de que me vali para salirme del convento. Nuevos y mas peliagudos conflictos. El moribundo, la confesion, la vieja, los lobos y demas que se dirá á su tiempo hasta acabar la relacion.

En salvo al fin á mi placer fumaba
Del puente en el pretil puesto de bruces,
Cuando advertí que al sitio eu que me hallab.
Se acercaba un ejército de luces.

Noche de maldicion! noche de muerte!...
Los serenos del tránsito alarmados

Al mirarme correr de aquella suerte,
Salieron tras de mí desaforados.

A sus voces la guardia de Triana
Calando presurosa bayoneta,
En columna salió, tocando ufana
Con destemplado acento la corneta.

Metido por lo tanto entre dos fuegos,
Sin armas, sin defensa y sin huida,
No quise andar con chanzas ni con juegos
Y en cueros vivos púseme en seguida.

Meti toda mi ropa en el sombrero,
Me lo volvi á poner, y muy tranquilo
Dí un salto al agua y escapé ligero,
Que no nada mejor un cocodrilo.

Al verme el oficial, sobresaltado
Mandó hacer fuego á la obediente tropa,
Y á su acento fatal cada soldado
Disparó su fusil á quemar-ropa.

O á quemar-piel mejor!... que bien certera
Por muy poco una bala no me estruja:
Mas dí una recalada tan ligera,
Que fui á salir al pie de la Cartuja.

¡A qué mejor parage por mi vida
Pudo haberme llevado el hado mio?
Lo triste fue que al dar la zambullida,
Ropa y sombrero hundiéronse en el río.

Como alma en pena me arcerqué al convento
Y salté por las bardas de la huerta:
Mas dentro apenas un mastin hambriento
A mí se vino con la boca abierta.

Sin duda alguna el animal terrible
Alli mata y destroza á otro cualquiera,
Mas yo de un golpe le lancé impasible,
Con la punta del pie tapias afuera.

Trepé por una parra que subia
Enredada á un balcon poco elevado.

Cuya puerta, á la luz que dentro habia,
Presentaba un postigo mal cerrado.

Con mucha pausa y suavidad empujo,
Meto por él con tiento la cabeza,
Conozco que es la celda de un cartujo
Y avanzo el pie con grande sutileza.

Entro y miro al buen fraile hecho un magnate
Que penitencia á la sazón hacia,
Con un tazón de espeso chocolate
Que empapado en un bollo se engullia.

«Morir habemos» dije al reverendo,
Que arrugando á mi voz su enorme frente,
Volvió la cara, me miró, y corriendo
Dando se levantó diente con diente.

Y echóse la capucha presuroso,
Y santiguóse luego, y jadeando
Escapó por los claustros tembloroso
Tapándose los ojos y gritando.

Era el alba, y al rezo matutino
Algunos de los padres acudian,
Cuando llegar le vieron tan sin tino
Dando voces que apenas entendian.

Pronto informados, todos sin aliento
Se hicieron cruces llenos de medrana,
Y dispuso el abad que en el momento
Tocase á refectorio la campana.

Así todos vendrán, exclamó á solas:
Y ordenó al sacristan que al punto fuera
Y que el agua bendita y las estolas,
Y el hisopo, y el libro dispusiera.

Yo en tanto sin andarme con chiquitas
Daba gusto y placer á mi gaznate
Con unas empanadas esquisitas
Que puestas ví sobre un escaparate.

Y en tan sabrosa operacion me hallaba,
Cuando noté que á mí se dirigia

Frailasca procesion, que caminaba
Cantando á media voz la letania.

Saliles al encuentro meditando
Lo mas prudente en tan extraño apuro,
Mientras todos los frailes tiritando
Aguardaban inquietos el conjuro.

Háse dicho despues que solo un lego
Se decidió á mirarme al fin y al cabo,
Quien me vió vomitar chorros de fuego,
Abrir las alas y estirar el rabo.

Fugite, maledicte!... el exorcista
Murmuró fatigoso y tartamudo,
Sin atreverse á levantar la vista
Y echándome un asperges como pudo.

Entonces yo, con ojos encendidos,
Cual si fuese un demonio verdadero,
Comenzé á dar horrendos alaridos
Y á patear desencajado y fiero.

Los monges á su vez, fuerza es decirlo,
Temblaban de pavura en mi presencia,
Y hubo paternidad, que sin sentirlo,
Hizo lo que se calla por decencia.

Aprovechar la confusion urgía...
Hice un visaje atroz, cerré los puños,
Y empecé á darles con feroz porfia
Puñadas mil, mordiscos y rasguños.

Un fraile se tiraba contra el suelo....
Otro fraile marchábase chillando....
Y otro haciendo la cruz, miraba al cielo,
¡Señor, pequé! con aflixon clamando.

Yo que al rollizo abad seguir dispuse
Y en la cocina pude echarle el guante,
Le desnudé, sus hábitos me puse
Y me encontré hecho abad en un instante.

Con paso grave y el semblaute serio,
Echada la capucha hasta los ojos,

Al pórtico llegué del monasterio
Y abrir mandé al portero los cerrojos.

Miré al salir si alguno me acechaba:
Nada noté, y al verme en campo raso,
Aunque bien el sayal me disfrazaba,
Sin volver cara atrás apreté el paso.

Por la altura del sol ví que serían
Poco mas de las seis de la mañana,
Cuande sin ver que algunos me seguian,
Llegué á pisar las calles de Triana.

Una jóven entonces, que por cierto
Era una morenita muy salada,
Con el rostro de lágrimas cubierto
Se arrodilló á mis pies toda agitada.

«Venid, padre, esclamó con pecho ahogado,
No hagais enq el infeliz se desespere....
Venid, por Dios, venid, que asesinado
Un hombre alli sin confesion se muere.

Reúnese gente, crece el compromiso....
Digo que soy un lego, y sin embargo
Nadie me escucha y ésme al fin preciso
De la santa mision hacerme cargo.

Condúceme la jóven azorada
Hasta un portal en donde hallé tendido
Sobre una pobre cama ensangrentada
Un moribundo, en el costado herido.

Al verme el infeliz, de asombro lleno,
Incorporarse pretendió, aunque en vano,
Y yo á mi vez reconocí al sereno
A quien horas atrás hirió mi mano.

Quiso esforzarse, pero hablar no pudo,
Y los ojos cerró ya agonizante,
Mientras en lance yo tan peliagudo
Pensaba el modo de salir triunfante.

A este tiempo, aunque lejos, con sorpresa
Vi que algunos cartujos me seguian,

Los cuales entre dos, y á toda priesa,
El caldero del agua conducian.

Es preciso escapar, pensé al momento,
Pues si llegan los frailes soy perdido;
Y de puntillas y con mucho tiento
Me acerqué entonces y pulsé al herido,

Convulso ya, luchando en su agonía,
Dió la casualidad de que hizo un gesto,
Y yo al decir que confesar queria
Mandé á todos de allí salir bien presto.

Solo en la casa al fin, cierro la puerta,
Dirijome al corral formando planes,
Y hallé á una vieja jorobada y tuerta
Llorando allí con tristes ademanes.

Asustada al mirarme, tiembla y grita....
Obligola á callar... chilla mas fuerte,
Y al ver que se me escapa la maldita,
La cojo y la intimido con la muerte.

Como abordar no es facil desde el suelo
El muro del corral, porque es bien alto,
Le hago servir de estribo, tomo vuelo,
Y en él logro montarme al primer salto.

Descuélgome en seguida, y al momento
Por los trigos de Dios salgo rabiando,
Y hácia Sevilla parto sin aliento
Con la lengua de fuera y jadeando.

Cuatro lobos me salen al camino
Hambrientos á cual mas.... pero ¿qué hago?
Aunque el caso parezca un desatino,
Los cojo, abro la boca y me los trago.

La vieja al verse libre, segun creo,
Sale despavorida y cuenta el lance,
Pues á poco tras mí que corren veo
Unos cuantos que al fin me dan alcance.

Como entretanto cada lobo aprieta
Pidiendo libertad á voz en grito,

En medio del tropel que me sujeta
La boca vuelvo á abrir y los vomito.

A su aspecto feroz horrorizados
Y llenos de pavor, todos á una
Escapan sin concierto y desbocados,
Que no es para mí á fé poca fortuna.

Yo la ocasion entonces aprovecho,
Corro á mas no poder, el sol abrasa,
Pero por fin, aunque en sudor dese cho,
Penetro en la ciudad y llego á casa,

Descanso un poco, me desnudo luego,
Almuerzo á mi placer, vóime á la cama,
Y á un esquisito habano prendo fuego
Que con su olor los aires embalsama.

Duérmome al fin, despierto al otro dia,
Salgo para indagar, con todos hablo,
Todos cuentan lo mismo, y á porfia
Santiguanse diciendo que fué el diablo.

DON CARPANTA.

Héle allí cual se pasea
Entre las damas del prado
Meliflúo y encopetado
Y hecho todo una jalea.
Cualquiera que así le vea
Con su frac de paño inglés,
Rico charol en los pies,
Claro el guante, ancha corbata,
Y lente y sellos de plata
Pensará que es un marqués.

No lo es tal, mas lo aparenta,
Y solo en sus relaciones
Condesas, duques, barones
Con lánguido desden cuenta.

En la corte se presenta
Que parece un gran señor,
Y alegre y de buen humor,
Mas derecho que un florete,
En cualquier parte mete,
Vendiendo siempre favor.

Como un duque se da tono
En las sociedades todas,
Y habla tan solo de modas
Y hace mas gestos que un mono.
Tiene en el *Circo* su abono....
¡Que digeran sino de él,
Que quiere estar al nivel
De los grandes de Castilla!...
Y el frac que lleva es de Utrilla
Y el *paletó* de Borrel.

En bailes ó de bureo
Las mas de las noches pasa,
Y jamás come en su casa
Que eso es clásico y muy feo.
Baja sin falta á paseo,
Muy á su pesar á pié,
Váse despues al *café*
Y allí serio, erguido y grave
Da voto en lo que no sabe
Y habla mal de cuanto ve.

¿Y quién es este elegante
Que siempre de punta en blanco

Trata con todos tan franco
Y con todas tan galante?
Quien ha de ser.... un danzante
Como hay muchos en Madrid,
Un ingenioso adalid
Del enredo y la tenaza,
Que en su afan siempre anda á caza
De una trampa ó de un ardid.

Si de su vida pudiera
Sacar un curioso notas,
Desde el sombrero á las botas
Cada prenda un lance fuera.
El siempre letras espera
De algun administrador;
Y apenas un acreedor
En su casa se presenta,
¡Ola... le dice *¡la cuenta!*
El lunes será mejor.

Llega el sastre, y no es extraño,
Que de un frac y una levita
Cobrar algo solicita
Por las hechuras y el paño.
Mas al ver que es un engaño
Cada escusa que le dá,
Cansado jura que ya
Donde quiera que le halle,
En la mitad de la calle
Desnudo le dejará.

Si ya de impaciencia lleno
El zapatero le aprieta
Hoy no tengo una peseta
Le responde, *estoy de trueno!*
Luego al patron muy sereno
Le ofrece pagarle el mes:
Es, señor, que ya van tres,
Dice aquel, *y esto no pasa.*
—*Pues me mudarè de casa.*
—*Y como os vais? — Con los pies.*
Año y medio le ha rizado
La melena el peluquero,
Y le pide su dinero
Porque ni un cuarto ha cobrado.
El guantero por su lado
Mas rabioso que un mastin,
Llega á amenazarle al fin
Pues le debe unos tirantes
Diez y ocho pares de guantes,
Y ademas un corbatin.
De ciento trece comidas
Que en su casa le ha servido,
El fondista enfurecido
Le presenta las partidas.
Una tras otras seguidas,
Sin que me falte un real,
Las pagareis ¡voto á tal!
Le dice con gesto crudo

Y si no mañana acudo
Y os cito ante un tribunal.
Luego encuentra á un camarada
A quien le debe algun pico
Y esclama al verle ¡ola!... *chico....*
De aquello... ¡que diablos!... nada....
No me mandan la mesada
Y estamos á fin de abril!
Ya sé que te debo mil....
Ya lo sé.... no se me olvida....
Y se despide en seguida
Diestro, ligero y sutil.
Con espresiones fatales
El limpiabotas le acosa,
Mas él como si tal cosa
A todos los deja iguales.
Jamás en conflictos tales
Se desespera, al revés,
Les deja hablar, y despues
Discurre, miente y enreda
Y ellos se van y él se queda
Mas hueco que un portuges.
Héle allí sombrero en mano,
Para que todos le vean,
A los que en coche pasean
Saludar altivo y vano;
Y flechar el lente ufano
De una en otra y á compás

Echar el cuerpo hácia atrás
Con mil quiebras de cintura,
Y estudiar cada postura
Y no cansarse jamas.

Héle, pues: y no me espanta
Al verle de esa manera,
Que le de un chasco á cualquiera
El inclito Don Carpanta.
Lo malo es que de la manta
Tire el diablo.... ¡ay del doncel!...
Mas siga oculto el pastel
Pues yo como está lo dejo,
Que si este ha sido un bosquejo,
Muchos hay lo mismo que él,

CONSEJOS A UN PRETENDIENTE.

Pretendiente desdichado,
Que en funesta porteria
Pasas la noche y el dia
En tus méritos fiado.

Tú, que buscas un destino
Sin favor y sin dinero,
Hablemos claro primero:
Y el pan, pan, y el vino, vino.

Mucho tu constancia alabo
Si asi aguardas, pretendiente,
Que yendo tanto á la fuente
Se rompa el cántaro al cabo.

Y no á la verdad me espanta
La paciencia que en tí advierto,
Cuando tienes por tan cierto
Que al fin la gloria se canta.

Fundas tambien tu defensa
Y por respuesta me ofreces
*Que salta la liebre á veces
En donde menos se piensa.*

No obstante, yo desconfio
Y francamente confieso,
Que á mi parecer es eso
Machacar en hierro frío.

No hay en el mundo quien tome
Interes por quien ne tiene,
Pues de muy antiguo viene
Que al pobre el sol se le come.

Y harto la experiencia enseña
Que no espere el desvalido,
*Porque del arbol caido
Todos quieren cortar leña.*

Asi en consecuencia saco
Y en ello el refran no miente,
Que todas seguramente
Pulgas son al perro flaco.

Y que si solo á su nombre
En papel sellado alega,
Nunca el pobre á lograr llega,
Porque no hay hombre sin hombre,

Otro en relacion mas corta
Esto esplicó cuando dijo:
*Fortuna te dé Dios, hijo,
Que el saber poco te importa.*

Mal por lo tanto reclamas
En tu abono estudios vanos,
Que en términos castellanos
Eso es andar por las ramas.

Pero si asi desesperas,
Llévate de mi consejo,
*Que siempre cazador viejo
Sabe bien las madrigueras.*

Contempla que el tiempo pierde
Quien en hablar se fatiga,
Porque por mas que se diga,
Perro que ladra no muerde.

Alza, pues, con fé la mano
Y vete al tronco sin miedo,
Y pon en la llaga el dedo
Y corta al fin por lo sano.

Y al usar de esta receta
Que es siempre el mejor registro,
Averiguale al ministro
Donde el zapato le aprieta.

Porque es claro, y bien se esplica
Y todo el mundo concede,
*Que cada cual cuando puede
Se rasca donde le pica.*

Mas aunque los brazos abra
Para recibirte tierno
Con él, ni al bucy por el cuerno
Ni al hombre por la palabra.

Que el que á ser ministro llega,
Aun con los suyos ingrato,
Le sucede lo que al gato,
Que al mejor tiempo la pega.

Hazte con todo una malva
Si ves que arruga la frente,
Teniendo siempre presente
Que pintan la ocasion calva.

Si ves que asi no te nombra,
Piensa y tu esperanza anima,
Que el que á buen arbol se arrima
Cobijale buena sombra.

Y no olvides por lo tanto
Si tiene dama ó hermana,
Que tambien por la peana
Se suele besar el santo.

Pero jamas en tu apuro
Tu pobreza hagas presente,
Porque dirá ciertamente
Que á buen hambre no hay pan duro.

Y verás, si tal te portas,
Poco, mal y á duras penas,
Por aquello de que buenas
A falta de pan son tortas.

Sin embargo, aunque sin gana,
Si con algo te convida,
Mas vale un toma en seguida
Que dos te daré mañana.

Y asi aprovecha el momento
Y acepta al instante ufano,
Que es mejor pájaro en mano
Que por los aires un ciento,

Y por fin y por ser breve
Recuerda y dobla la hoja,
Que cuando á Dios se le antoja
Con todos los aires llueve.



— — — — —
A PAQUILO. (1)

Soneto.

Tú erez de tooz er mozo maz cocio,
Tú zalez al reondel con maz zalero
Que Aroca, Coztillarez y Romero
Pepeillo y Guillen!....tú.... ¡jui, dioz mio!...

Con er capote ar brazo arrecogio
En medio parmo é tierra zandungero
Daz á un toro mir guertaz y ligero
Le hacez perder mir vecez er sentio.

Tú con mucho er *tilin*, ziempre plantao
Le manejaz zereno á tu capricho
De ezpardaz ó de frente ó de coztao.

Tú con er *trapo* en fin, y ezta toó dicho,
No le dejaz ver luz y ni pintao
Ze ve á un diestro mejor elante é un *vicho*.

(1) El celebre Montes.

LA PARTIDA DE VILLAR.

Puesto que al villar quereis
Que con vos, Señora, juegue,
No es justo que yo me niege
Cuando tal honor me haceis.

Fama es ya que maneáis
El taco como vos sola...
Yo no sé mas que dar bola
Y así de fé me ganáis.

Por eso según mi cuenta,
Haciendo un cálculo claro,
Podeis darme sin reparo
Veinte tantos para treinta.

—195—

Que á ser cual sois un portento,
Bien á las mil maravillas
Mientras yo os hago *dos villas*,
Vos podeis hacerme ciento,

Mas si me llamais tirano
Porque quiero este partido,
Al fin he de ser vencido,
Juguemos pues mano á mano.

Y aunque ni con mucho iguale
Ni llegue al vuestro mi juego,
Que tomeis el taco os ruego
Y vamos á ver quien sale.

Ya veis que yo mando ahora,
Mas no intento que me valga;
Saldré, si quereis que salga,
Si no, salid vos, Señora.

Buen *doblete* por mi vida!
Pero es, Señora, lo malo
Que por derribar un palo
Habeis quedado vendida.

Ya lo veis... tengo fortuna,
Si ahora detras me coloco,
Con solo apretar un poco
Ván las dos bolas á una.

Pero no...! quiero ser franco
Y generoso y galante,
Porque si no en un instante
Os vais á quedar en blanco.

Por tres tablas, según veo,
Trés palos vienen á tierra,
Y si el golpe no se yerra
Hecha la pérdida creo.

Voto al demonio!... Una errada
Cuando menos lo creía!...
Haceis bien, Señora mía,
En soltar la carejada.

Vos jugais, pero os advierto
Que pongais mucho cuidado,
Pues ya veis que me he picado
Y os he de ganar por cierto.

Siete por nada teneis...
Eso es una vagatela;
Daremos unto á la suela,
Y hacer prodigios vereis.

Esto es hecho: no hay remedio,
Aunque bien no lo distingo,
Voy á ver si meto el *mingo*
En la tronera de en medio.

Dicho y hecho... ¿lo habeis visto?
Ha entrado como un cohete!
Tirad vos otro *doblete*
Que yo por nada desisto.

Barra limpia y carambola...
Cantaros el golpe quiero:
O decid en qué agujero
Quereis que meta mi bola.

Si os gusta mas el *recodo*,
Aunque estoy algo cerrado,
Lo haré por este o tro lado,
Que es bueno probar de todo,

Vos jugais.... pero, Señora,
Por qué torceis tanto el gesto?
Dais una pifia! que es esto!...
No sois vos la jugadora.

Dejais la bela vendida!...
Suelta el taco vuestra mano!...
¡Ay cielos! en castellano
Esto es darse por vencida.

Me mirais con rostro adusto
Y suspirais con despecho...
¿Que mal puedo haberos hecho
Tan solo por daros gusto?

Duéleme vuestro trabajo
Y vuestra indulgencia espero,
Mas hoy, confesad primero
Que al fin quedásteis debajo.

EL AVARO.

Especula, cobra y calla,
Y todo en sus arcas cabe,
Y dice al echar la llave
Que el que bien guarda bien halla.

Siempre en alarma y alerta
De cuanto ve desconfía,
Recordando noche y día
Que el que piensa mal, acierta.

Las apariencias le apuran,
Todo en su pecho son miedos;
Y por eso, *hasta los dedos*
Huéspedes se le figuran,

En grandes talegas toscas
Sus pesos fuertes encierra,
Que yacen bajo de tierra
Sin sol, sin luz y sin moscas.

Asi nunca en él procede
Ni es adagio verdadero
El que dice que *el dinero*
Estar oculto no puede.

Con pocas personas trata,
Y mientras mas atesora
Mayores miserias llora,
Y ojo al cristo que es de plata.

Y en su pobreza se empeña,
Pues cuando desdichas miente,
La horca pone ciertamente
Y antes del lugar la enseña.

Elega su codicia al colmo,
Y de su tesoro esclavo
Querer que gaste un ochavo
Es pedir peras al olmo.

Nunca en sus cálculos muere
La esperanza de su pecho,
Mas no vive satisfecho,

Que el que mas tiene, mas quiere.

Cógele el canto del gallo
Pasando á sus onzas lista,
Porque del señor la vista
Dice que engorda al caballo.

Y en su ambicion indiscreta
Contemplando arca por arca,
No ve que quien mucho abarca
Poco de seguro apricta.

Odia á quien rico le nombra,
Sueña dormido ladrones,
Y ve despierto visiones
Y le espanta hasta su sombra:
Y triste, escualido y flaco
Su tesoro al fin le mata,
Porque en esta vida ingrata
La codicia rompe el saco.



—102—

LA VENTA DE ERITAÑA, (1)

I.

En la venta de Eritaña
Que está á espaldas de Sevilla,
Ciudad que hoy es maravilla
En las ciudades de España:
Una noche, sino miente
La historia á que me refiero,
De aquellas del mes de enero
En que el calor no se siente;
Sin luna en el firmamento,
Sin una estrella en la esfera,
Muchas nubes por do quiera,
Truenos, relámpagos, viento.
Una noche (Dios me asista
Si he de contar la aventura)
Una noche muy oscura,
Noche de horror nunca vista:

(1) Esta composición y la siguiente son las únicas de todo el poemático que se han publicado antes de ahora.

Sobre un potro jerezano,
Dándole suelta á la brida,
A la venta referida
Llegó, Andresillo el gitano.
Capa parda hasta los ojos,
Calañés con barboquejo
Metido hasta el entrecejo,
Y en vez de barbas abrojos.
Mirar gacho, piel curtida,
Y como en forma de ceja
Desde la boca á la oreja
La cicatriz de una herida.
Llegó, digo, y de su frente
Copioso sudor brotaba,
Y agitado palpitaba
Su corazón impaciente.
Detuvo el potro ligero,
Siempre la cara cubierta,
Dió un brinco al suelo, y la puerta
Abrió á su voz el ventero.
Fiel la historia en su relato
Con mucha exactitud cuenta,
Que entró el gitano en la venta,
Ladró el perro y mayó el gato.
Que ató el rocin, pidió vino.
Se sentó junto á un brasero,
Sacó una bolsa de cuero
Con cigarros de lo fino;

Que á uno de ellos prendió fuego,
Que chupó, quedó al tío Paco
La bolsa con el tabaco,
Y mas vino pidió luego;
Que empinó hácia el techo el codo,
Y que ventero y gitano
Allí entrambos mano á mano
Conversaron de este modo:

VENTERO.

Vargame Dios! Azombrao
Me tiene. Andrez, tu venia!
Qué trabajo ó qué avería
Por eztoz barrioz ta echao!

Tú con el pincho en la faja
Y á eztat horaz por mi venta,
Ciento apuezto contra treinta
Que no ez á jumo de paja.

GITANO,

Bien pué zer.

VENTERO.

O yo me engaño
O vienez algo mohino.

GITANO.

Bien pué zer.

VENTERO.

Como ezte es vino
Que en tu carauter lo eztraño!
Haz querio hacer una hombrá
Y te ha zucedio un fracazo?

GITANO.

Mientraz yo tenga ezte brazo
No temo en er mundo ná.

VENTERO.

Maloz denguez me hagan trizaz
Zi la endina de la roma
No anda metia en la broma!

GITANO.

Mal rayo la haga cenizaz.

VENTERO.

Perdia tienez la razon
Por eza moza zin zezo.

GITANO.

Eza moza, lo confiezo,
Ha zio mi perdicion..

VENTERO.

Toa la bilizze me enrita
Quando azi trae una muger

A hombre de tanto poer
No maz que porque ez bonita.

GITANO.

Mire ozté, tio Paco, yo
Nunca con naide me meto;
Ziempre aguantao, ziempre quiet o
No digo, ni zi, ni no.

Aqui donde ozté me ve,
Zoy por la güena un borrego,
Pero zi á amozcarme llego
Nenguno me pone el pie.

Ez verdá que yo he pazao
Muchaz penaz por Maria,
Ez verda que la queria
Y que eztaba enamorao.

Tóo ezo ez verdá y el gitano
Ha zio por zu amor un mandria;
Maz, tio Paco, la calandria
Ze ha convertio ya en milano.

Y una vez que me ha ofendio
Y ha faltao á zu juramento,
He de hacer un ezcarmiento
Que deje ar mundo aturdio.

Onde encuentre á eza perjura
Alli mezmo armo el bromazo....
La pizoteo, la ezpeazo
Y le arranco la azaura.

Y hago que alli ze la coma
El charran que la acompaña,
Pa que zea zoná en España
La ingratitú de la roma.

Mu bien ze yo y no me aflijo
Que en la plaza y mal zentao,
Voy á mori en un tablao
Al zon de zu único hijo.

Maz zi me llego á vengar
Iré orgullozo al garrote,
Y en él pondre mi cogote
Zin que me oigan rezollar,

Que aunque por ella ultrajao,
Zin ella odiaré el vivir
Y me halagará morir
Cuando la haya vendimiao,
Naide eterno ha de nacer,
Naide vive que no pene,
Cuando la trompeta zuene
Igualéz hemoz de zer.

Tóo ez música zelezial
En ezte mundo arrastrao!...
Lo mezmo ez morir colgao
Que mori en el hozpital.

VENTERO.

Bramando vienez, Gitano;
Como torillo en juia!

Traez la cabeza perdia,
O eztaz ya calamocano?

GITANO.

Lo mezmo que Dioz ez Crizto
Y azi zu gracia me niegue,
Zi aun antez de que el dia llegue
Toa la verdá no ze ha vizto.

VENTERO.

Pero demonio eztaz loco?...
Vale tanto una muger?..,

GITANO.

Valga ó no valga ha de zer,
O yo he de valer maz poco.

VENTERO.

Digote que eztaz bebio.

GITANO.

Digole á ozté que ze engaña,
Ni otra, ni otra, ni otra caña
Me hacen perder er zentio:

Y no maz conversacion
Puez zerá pá mí una mengüa
Zi á él no le arranco la lengua
Y á ella lengua y corazon.

Zé que que ze van á najar
Y que aqui la cita ha zio....
Por ezo mezmo he venio
Y azi ya no hay maz que hablar.»

—Por que no digo el tio Paco.
—Por y me que habia.
—Que aqui no tienen á cuento.
—Se cuenta lo y el momento.
—El uno y el otro salieron.

Prosigue la historia y cuenta
Que asi los dos conversaban
Cuando oyeron que llamaban
A la puerta de la venta.
Miró el tio Paco á Andresillo
Y Andresillo al tio ventero,
Y se caló su sombrero
Y echó el ojo á su cuchillo.
Oscilaba moribunda
La luz de una candileja,
Sóplala y todo lo deja
En oscuridad profunda.
Y como gato en acecho,
En un rincón se agazapa
Muy embozado en su capa
Diciendo entre sí «ezto ez hecho»
En tanto con mas enojo
Seguian sin cesar llamando,
Y el tio Paco tropezando
Tiró por fin del cerrojo.

«Diga ozte, gritaron fuera,
¿Pué entrar á entro ezte jaco?
—¿Por qué no! dijo el tio Paco.
Eze y un ciento que hubiera.

Otras razones mediaron
Que aqui no vienen á cuento;
Se encendió luz, y al momento
El amo y el jaco entraron.

Parece ser que era el mozo
Hombre de hermosa figura;
Buen aire, buena estatura
Y un mirar que daba gozo.

Negra y espesa patilla,
Calzon corto, ancho sombrero,
Y terso botin de cuero
Ceñido á la pantorrilla.

Llevaba á la grupa ufano
Con su capa cobijada
La morena mas salada
Que vió el suelo sevillano.

La boca como la plata,
Los ojos que chispeaban,
Y aunque roma la llamaban
Porque era un poquito chata;

Tenia tan bello el conjunto,
Y tanta gracia en la cara,
Que solo conque mirara
Resucitaba á un difunto.

¿Qué garbo!... ¿qué gallardia!
Y qué talle tan esbelto!...
Qué porte tan desenvuelto
Cuando su planta movia!...

Pero volviendo al suceso,
Dice la historia que entraron
Y que los dos se abrazaron
Con amoroso embeleso;

Que entusiasmados abrieron
La mas guardada botella,
Que él brindó, que bebió ella,
Que mil palabras se dieron.

Y que el ventero en alarma
Mientras la cena servia,
En sus adentros decia:
«Verá ozté la que ze arma!

Estaba pues el Garboso,
Que era el nombre que él tenia,
Ofreciendo á su Maria
Darla la mano de esposo;

Mientras que oculto el gitano
Tantas ternezas oyendo,
Se estaba ya previniendo
Con la navaja en la mano.

¿Qué pluma habrá tan cumplida
Que bien describa la hazaña
Que en la venta de Eritaña
Tuvo lugar en seguida!

Mas esté la gente alenta
Para que mejor se entere,
Y oiga y escuche si quiere
Cómo hablaban en la venta.

GARBOSO.

Toma ezte vazo, Maria,
Toma y bebe zin rubor.
Puez ya premitte el Zeñor
Que zeaz para siempre mia.

Cuando el aztro luminoso
Comience á rezplandecer,
Poco tengo de poer
O me ha de ver ya tu ezpozo.

MARIA.

Porque zea tu afan cumplio!

GARBOSO.

Zi lo zerá, vive Dioz!

VENTERO. (*aparte.*)

Probecilloz de loz doz
Zi zale er que ezta escondio!

GARBOSO.

Y azi que parezca er dia
Y zeas ya mi ezpoza tú,

Ni po el oro der Perú
Trueco la fortuna mia.
Ni po er cetro y la corona
Del imperio marroquí,
Puez no hay maz dicha pá mí
Que el amor de mi pichona.

MARIA.

Y yo ni buzco, ni anhelo
Ni hallaré gloria mayor,
Porque mi vida ez tu amor
Y tú, moreno, mi cielo.

Y bien zabe Dioz, zalaá,
Que azi ez la pura verdá,
Y toa mi feliciá
No apartarme de tu lao.

GARBOSO.

Con eza gachoneria
Y eza zal que Dioz te dió,
¡Ay morena! no zé yo
Que paza en la zangre mia.

Como plomo derretio
Me bulle en er corazon
Y me ofusca la razon
Y me alborota er zentio.

Que zon tuz ojoz doz flechaz
Y toítaz tuz miráz

Otraz tantaz puñaláz
Que van al alma derechaz.
Naide zabe laz penillaz
Que tengo pazáz por tí
Dezde el momento en que ví
La gracia de tuz mejillaz.

Que erez la maz retrechera
Que ha vizto er mundo nacer,
Y te tengo de querer,
Morena, hazta que me muera.

GITANO (*aparte.*)

Y tú er maz dezavorio
Y ella la maz dezleal!...
Pero he de ver mi puñal
Con vueztra zangre teñío.

MARIA.

Zentiria que tó ezo fuera
Palique y converzacion.

GARBOSO.

Tóo lo ziente er corazon
Zi no, no te lo dijera.
Y maldecia zea mi eztampa
Zi te he mentío alguna vez...
Vaya un vazo de Jerez
Y vámonoz que ya ezcampa.

MARIA.

Por mi, andandito, zaláo,
Que aunque vuelva á diluviar
No noz hemoz de mojar
Maz que noz hemoz mojado.

GARBOSO.

Puez alza, y anda pichona,
Que aqui no hay maz que tu voz,
Y bendecia zea de Díoz
Eza cara tan gachona.

GITANO (*preséntandose.*)

Güenaz nochez, cabayero.

MARIA.

El Gitano!

VENTERO.

Ea Jezuz!...

GITANO.

Er mezmo como eza luz,
Zaleroz de loz zaleroz.

GARBOSO.

Vaya en gracia y bien venio.

GITANO.

¿Le place á ozté verme aqui?

GARBOSO.

Ozté, compadrito, á mí
Ni me dá calor ni frío.

VENTERO.

Tiró el diablo de la manta
Y er paztel ze dezubrió!

GITANO.

Zabe ozté, á qué vengo yo?

GARBOSO.

Válgame la virgen zanta!
A ná.... á tocar er cencerro.

MARIA.

Andrez, calla y haraz bien.

GITANO.

Cuando á ozté vela le den
Tome parte en ezte entierro.

MARIA.

Digo que viene er mochacho
Que parece un brazo é mar!

GITANO.

Mala jembra ozté á callar!

MARIA.

Mal hombre, tú eztáz borracho!

GARBOSO.

Ventero, el jaco y la cuenta.

GITANO.

Poco á poco, camará,
Mu pronto ez la retirá
Y hace ozté farta en la venta.

GARBOSO.

Vaya ezta caña de vino
Que no le zabrá á ozté mal....
Punto en boca y cada cual
Que tome por zu camino.
Anda tú, morena mia,
Un zalto!... Azi eztaz mu bien....

GITANO.

Ez que yo pienzo tambien
Hacer á oztez compañía.

GARBOSO.

No neceztamos page,
Que noz baztamos loz doz...

GITANO.

Puez vayan oztez con Dioz
Y oztez lleven güen viage.



LA PLAZA MAYOR DE MADRID.

**Horrible y descomunal batalla acaecida
el día 24 de Diciembre de 18....**

Yo los vi!... yo los vi!... suerte inaudita!
Noche horrible de sangre y destruccion!
¡Ay desdichado, desdichado el pobre
Que el cuello á su verdugo le entregó!

Yo los vi..! yo los vi!.. mansos y humildes,
Sin sospechar siquiera la traicion,
Marcharon al cadalso los mas de ellos
Al compás del redoble del tambor.

Abusó de su fuerza el poderoso
Porque mas débil al contrario vió,
Y la sangre inocente derramada
De entusiasmo llenó su corazon.

Inhumano y despótico su triunfo
Entre helados cadáveres cantó,
Y al contemplar los mutilados restos
Quedó saciada su venganza atroz.

Esta plaza que hoy veis casi desierta,
Pues ya pasó del pueblo el buen humor,
En esta misma plaza há pocos dias
Todo era movimiento y confusion.

Haciendo evoluciones en el centro,
Atentos de sus gefes á la voz,
Escuadrones de pabos y gallinas
Ostentaban sus plumas de color.

Inmóviles á par y silenciosos
Batallones de cajas de turrón,
Colocados *al orden de parada*
Estaban de la plaza en derredor.

Los bravos regimientos de aceitunas
Que Sevilla en refuerzo les mandó,
Formando en varios puntos *barricadas*
Preparaban sus armas con tesón.

Los ricos mazapanes conque ufano
Toledo al grito santo respondió,
En diversas brigadas divididos
Prontos estaban para dar la accion.

Las guerrillas de nueces y castañas
Por todos lados, llenas de fervor,
Para explorar el campo satisfechas
Avanzaban con *arma á discrecion*.

Donde quiera de pollos y capones
Se encontraba un reten grave y feroz,
Dando el *quién vive* á todo ciudadano
Con gesto crudo y eco aterrador.

No faltaban tampoco *grandes guardias*
De camuesas y peros de Aragon,
Ni fuertes avanzadas de besugos
Ni patrullas de arenques del Ferrol.

Mas ay! que en vano á las contrarias huestes
Intentaron hacer oposicion,
Que entraron en la plaza á *sangre y fuego*
Talando y destruyendo á su sabor.

A la dichosa voz de *Nochebuena*
Que en uno y otro campo resonó,
Se estremeció el ejército sitiado,
Y dispuso el asalto el sitiador.

De las guerreras cajas el estruendo
Por todos lados á la par se oyó,
Y mezclados al fin los combatientes
Cuerpo á cuerpo lucharon con furor.

Pusieron cual si fueran portugueses
Los pabos á su vez cara feroz,
Pero todos quedaron prisioneros
Sin salvarse siquiera un escuadron.

Y olvidando las leyes de la guerra
Abusó de su fuerza el vencedor,
Y á *cuchillo* despues uno por uno
A todos con fiereza los pasó.

Igual suerte les cupo á los capones,
Igual suerte tambien al alfajór,
Y del turrón las numerosas filas
Percieron alli sin compasion.

Las verdes aceitunas sevillanas
Murieron en sus puestos con valor,
Y hechos trizas los pobres mazapanes
Ni uno tan solo, ni uno se escapó.

Por no presenciar mas barbarie tanta
Lleno de asombro sepultóse el sol,
Y al tornar á salir por la mañana
Todo en silencio y soledad lo halló.

Solo vió algun despojo miserable
Que escapó del tirano á la ambicion,
De la batalla en fin restos perdidos
Que despreció orgulloso el vencedor.

A UNA BEATA.

Soneto.

— In que sea el alma Clara,
A quien nos venimos.

Que pasais en la iglesia vuestra vida
Delante de la imágen de algun santo,
En todas partes ya se ha dicho tanto
Que por un alma justa sois tenida.
Tarde ó nunca, no obstante las olvida
Quien malas mañas há, y en tal quebranto
Vos misma nos decís que es vuestro llanto
El de una pecadora arrepentida.
Concedo lo primero, y no me espanta
Que os pongan con el tiempo en un retablo
Y que os rezen lo mismo que á una santa.
Mas yo, Señora, con franqueza os hablo,
Y temo al ver en vos mudanza tanta
Que pueda estar tras de la cruz el diablo.

— No puedo olvidar.
— Mas ¿cómo olvidar?
— Como... por la puerta.

EL GALGUITO INGLÉS.

- Ya que hoy, bella Clara,
A solas nos vemos,
Permite que hablemos
Tú y yo cara á cara.
—Muy mala hora es esta....
Prudencia te pido,
Que está mi marido....
—Durmiendo la siesta.
—Si llega no obstante,
Terrible y furioso....
—No soy tan medroso,
Que un viejo me espante.
—Lo ves?... ya estornudal
—Jesus siete veces!
—Ay Dios!... me estremeces!
—Pues ya!... quien lo duda.
—Mira que despierta!
—No tengas cuidado.
—Mas como has entrado?
—Cómo?... por la puerta.

—¿Y qué solicitas
De mí tu deseo?
—De tí, yo? ay!... ya veo
Que sueñas, Clarita.
—Tu tono me enoja!
—Que diablo!... de veras?
—Acaso es que esperas
Que venga y nos coja?
—Mejor á fé mia!
—Mejor!... —Si por Cristo.
—Que horror!... —No desisto.
—Qué necia porfia!
—¿Porqué hoy mas cobarde
Que nunca te advierto?
—Por qué?... —Si por cierto.
—No ves que es muy tarde.
—Vamos poco á poco
Y hablemos con calma.
—Ay virgen del alma!
Tú te has vuelto loco.
—Acerca una silla,
Pues ya me conoces....
—Mira que doy voces,
Que chilló!... —Bien, chilla.
—Me iré. —Como gustes...
Yo, Clara, me quedo.
—Que viene!... —No hay miedo.
—Por Dios!... —No te asustes.

—Tú quieres perderme!
—Puedo asegurarte
Que vine á encontrarte
Y debes creerme.
—Recelas acaso
De mí que te adoro?
Bien claro mi lloro...
—Por esa no paso.
—Me insultas, me ofendes
Y no te comprendo.
—Pues yo bien te entiendo,
Y tú bien me entiendes.
—Por mí te desvives...
Lo sé... mas perdona,
Que de otra persona
Visitas recibes.
—Quien tal te ha contado
Villano ha mentido!
—Oh! no lo he creído...
—Pero lo has dudado.
—A tu afecto cuadra
Deshacer mi yerro....
Mas Clara, hoy tu perro
¿Porque tanto ladra?
—Lo ignoro, y me arredar
Que así mi marido
Aunque mas dormido
Esté que una piedra...

—Y gruñe y araña
Y aguza el olfato....
—O habrá visto al gato
O acaso te estraña.
—No tal ¡vive el cielo!
Que me ha hecho mil fiestas.
—Qué!... si por las siestas
Ladra sin consuelo.
—Pero de tu cama
No aparta la vista....
Por San Juan Bautista
Que ya eso me escama.
—(Mal haya del galgo!...
Yo tiemblo!... que apuro!)
—No hay duda: es seguro
Que debe haber algo.
—No, no!...— Voy á verlo.
—(Oh perro imprudente!)
Aguarda, detente....
—Preciso es saberlo.
—(Ay dios de mi vida!
La colcha levanta!
Lo vé!... ¡virgen santa!
Lo vió!... soy perdida!)
—Un hombre aqui!... bravo!
—Piedad!—No te alteres,
Que este de mugeres
Achaque es al cabo.

—Piedad!...—Por mi parte
Gozoso me alejo,
Mas quiero un consejo
Por último darte.
—Tu lengua me ultraja....
—Lo siento infinito:
Conserva el galguito
Porque es una alhaja.
No temas reveses
Si así de él te fiás....
—No mas en mis dias
Galguitos ingleses.

A UNA FEA RETRATADA.

Soneto.

Habláronme, Leonor, de tu retrato
Por su mucho y perfecto parecido,
Aunque extraño en verdad hubiera sido
No haber copiado bien tu rostro ingrato.
Colgado en la pared de un garabato
Helo visto despues, y he conocido
Que al hacerlo el pintor tuvo un olvido
O que no le acabó por muy barato.
Que al lienzo trasladó con grande acierto
De tu enojada cara el gesto crudo,
Bien claro á todas luces es por cierto.
La semejanza mejorar no pudo,
Mas falta sobré tí, segun advierto,
San Miguel con su espada y con su escudo.

SUSPIROS DE AMOR.

La noche!... ay que en vano
Sus alas tendiendo,
Vá el mundo cubriendo,
De negro vapor:
Que el hado inhumano,
Mi suerte, mi estrella,
Condénanme en ella
Con duro rigor.

La noche!... si oscura
Tinieblas me ofrece,
Mi fé desfallece,
Me abruma el dolor:
Y entanto que dura
Del mundo la calma,
Me arranca del alma
Suspiros de amor.

Si nace brillante
La luna en los cielos,

Amargos desvelos
Aumentan mi ardor,
Y acaso un instante
De dicha soñando,
Despierta exhalando
Suspiros de amor

Si luego se ostenta
Risueña la aurora
Y el cielo colora
Su grato fulgor:
Mi mal se acrecienta
Y en llanto deshecho
Exhala mi pecho
Suspiros de amor.

Si el sol ilumina
Los negros hogares
Y tiñe los mares
De rojo color,
Mi frente se inclina
Y el pecho inflamado
Exhala agitado
Suspiros de amor.

Si en cuna de flores
Se mece la brisa

Con dulce sonrisa
Y blando rumor;
De tiernos amores
Ardientes gemidos
Los lleva perdidos
De una en otra flor.

Ya opaca y sombría
La luna se ostente;
Ya brille en Oriente
El mágico albor;
De noche y de día,
Sin leve esperanza,
Mi espíritu lanza
Suspiros de amor.

LOS DULCES

Si al recordarme mi oferta
Comer dulces es tu intento,
La ocasion es un portento
Pues pasamos por la puerta.

En esta confiteria
Los hay esquisitos, Flora;
Mas no hagas dengues ahora
Que eso es ya una niñeria.

Vamos pues!... con mil amores
A que entremos te convido,
Que es deuda lo prometido,
Y yo no quiero acreedores.

De distintas clases llena
Esta bandeja repara,
Que á juzgarlos por su cara
Deben ser cosa muy buena.

No pretendas que me enfade....
No hagas, Flora, que me enoje....
Sin mas remilgos escoge
Y toma lo que te agrade.

Dime, y no asi me provoques,
A qué tu gusto se inclina:
¿Quieres esta capuchina
O estos dos alvaricoques?

Si es que amable una fineza
Tratas de hacerme primero,
Yo á mi vez con otra espero
Responder á tu terneza.

Aqui tienes mostachones,
Ricas frutas escarchadas,
Yemas acarameladas
Y delicias y bombones.

Aqui tienes cuanto quieras....
Mas no, Flora, no por cierto,
Si esa es para mi, te advierto
Que no me gustan las peras.

Y no por ello te aflijas
Pues no intento desairarte,

Mas si asi has de incomodarte
Tomaré lo que tú elijas.

Ola!... un merengue esquisito
Dásme en cambio desdenosa!...
Ya eso, Flora, es otra cosa,
Con mucho gusto lo admito.

Pero no has de ser ingrata
Ni has de andar con tanto dengue,
Yo probaré tu merengue
Si pruebas tú esta batata.

Que!... no mas?... pues es bastante
Si haces ya á los dulces asco!
Que horror!... me he llevado chasco!
Te cansas, Flora, al instante.

Pronto á fé te han satisfecho!...
Mas yo mi oferta he cumplido,
Y ahora solo á Dios le pido
Que te hagan muy buen provecho.

— 60 —

— 90 —

ADIVINA QUIEN TE DIO.

Embozado en su bigote
Para guardarse del frío,
En el rigor del estío
Salió á caza don Quijote.
Aun le faltaba un azote
Por su hermosa *Dulcinea*,
Y buscando una correa
Tropezó con *Proserpina*,
Que pelaba una gallina
Sentada á la chimenea,

Dando gritos al momento
Acudió *Torcuato Tasso*,
Que iba vendiendo en un vaso
Espinacas con unguento.
Entonces de sentimiento
Se abrió *Caton* las entrañas
Mientras siguiendo sus mañas
Don Juan Tenorio inhumano,
Con una luz en la mano
Le arrancaba las pestañas.

Detente, ingrato, detente,
Echando sus fuerzas todas
Gritó el *Coloso de Rodas*
Mirándolos con el lente.
Llegó en esto de repente
Remando en una barquilla
La *Giralda* de Sevilla,
Cantando amorosa y tierna
Con el trage á media pierna
Y en un brazo la mantilla.

De talante placentero
La escuchaba doña *Urraca*
Volteando una carraca
Que le dió *Martin Lutero*.
Mas fué el caso que severo
Ya *Hipócrates* aburrido,
Le dió á *Neron* un bufido
Que pudo serle funesto,
Si *David* no acude presto
De su ejército seguido.

En tal confusion absorto
Esclamó *Poncio Pilatos*;
Esto es nada entre dos platos
Y yo los ataré corto.
Pero llegaron de Oporto
Unas botellas de vino,

Que regalaba *Calvino*
A su prima la *Stuarda*,
Y se armó tal zalagarda
Que aquello fue un desatino.

Pedro el Grande, tiritando
Se tendió cuan largo era,
Sobre unos rollos de estera
Que estaba *César* comprando.
El pobre de vez en cuando
Suspiraba tristemente,
Y *Machiavelo* imprudente,
Que conoció su agonía,
Le administró una sangría
Y una copa de aguardiente.

En tanto ¡quién lo pensára!
Jugaban á la pelota
El *Tribunal de la Rota*
Y el gran *Duque de Ferrara*;
Volvió *Ciceron* la cara
Y murmuró: no en mis días!
Y cantando unas folias
Tomó hácia Paris el trote,
Donde encontró á *Bernardote*
Peinando á las tres *Marias*.

Qué horror!.. gritó con denuedo,

Margarita de Borgoña,
Que estaba haciendo una moña
Para el *Nuncio de Toledo.*
Pero luego tuvo miedo
Y llamó á *Felipe Quinto,*
Que al ver aquel laberinto,
Tirando el gorro y la bata,
Se disfrazó de beata
Y se fué á cenar á *Pinto.*

—
Ciertamente tomó queja
La Torre de Babilonia,
Pues se vino de *Polonia*
A caballo en una vieja.
Esto, dijo, se maneja
Con pistola ó con florete,
Pero le pegó un cachete
Caifás con tanta energía,
Que por los aires subia
Como si fuera un cohete.

—
Bravo! bravísimo! hermano,
Guillermo Tell le gritaba,
Mientras inquieto afeitaba
Las barbas á *Diocleciano.*
Temblóle un poco la mano,
Y pensando *Catilina*
Que mondaba en la cocina

La cabeza de *Olofernes,*
Que ya el plan estaba en ciernes,
Se abrochó bien la pretina.

—
Yo, exclamó *Guzman el Bueno,*
De ningun modo me opongo;
Voy á prenderme el zorongó
Y á preparar el terreno.
Y estaba ya el salon lleno
Cuando llegó á toda prisa
Salomon muerto de risa,
Diciendo que el *Vaticano*
Estaba en Málaga ufano
Bailando el ole en camisa.

—
A insinuacion semejante
Todos fruncieron el gesto,
Y con el bonete puesto
Salió *Tiberio* delante:
Y *Scipion* de mal talante,
Segun refiere la historia,
Le tiró una zanahoria
A *Sócrates*, que corriendo
A gritos iba diciendo,
Aqui paz y despues gloria.

—
En esto empezó el solfeo
Sobre un facistol de pino

Que llevó el *Cura Merino*
Debajo de su manteo.
Después *Simon Zirineo*
Quitándose el *paletó*,
Con voz de tiple cantó
Un aria de la *Lucia*,
En la que al pueblo decia
Adivina quien te dió.



EPIGRAMAS.

I.

Acertar por el olor.

Rizándose un caballero
El pelo en cierta ocasion,
Se descuidó el peluquero
Y le pegó un chamuscon.
Un peinero que allí había
Dijo, oliendo con desden;
*¿En esta peluquería
Fabrican peines tambien?*

II.

Epistolas y billetes.

Dáse tal maña en el *Prado*
La bella *Ines*, según creo,
Que ha habido quien ha pensado
Que á su mano han trasladado
El buzón para el correo.

III.

Amor conyugal.

Cierto marido lloraba
La enfermedad de su esposa,
Y al mirarle doña Rosa
De consolarle trataba.

Vamos, le dijo, yo cuento
Que pronto se pondrá buena;
Y él le repuso con pena;
.Pues eso es lo que yo siento.

IV.

O pesadas ó no darlas.

Tal broma Roque le dió
A su amigo el brigadier,
Que el brigadier le embistió.
¿Mas sobre qué pudo ser
Que tanto se incomodó?
—Sobre su propia muger.

V.

Las muelas de la vieja.

Un fuerte dolor de muelas
Doña Evarista barrunta,
Y á todo el que vé pregunta
Si se pondrá sanguijuelas.

Interrogado un barbero
Contestó á doña Evarista:
*—Volvédselas al dentista
Y que él os vuelva el dinero.*

VI.

No es oro lo que reluce.

Mordióle un perro á Lucia
En la pantorrilla izquierda,
Y esclamó calmosa y fria:
*No saldrá sangre á fé mia
Por mas y mas que la muerda.*

VII.

Percances del oficio.

Con un marido celoso
Riñó una vez un torero
Y dió al segundo el primero,
Un testarazo horroroso;

Vióse, aunque leve, una herida
Y murmuró con cachaza:
*Asi tuve yo en la plaza
No hace mucho otra cogida.*

VIII.

Amor propio y vanidad.

De buena moza Ramona
Presume de todas veras,

Y bien su nombre la abona
Sin las dos letras primeras.

IX.

Consecuencia cierta.

—
Quedóse un marques en ca ma
Con un leve constipado,
Y al punto mandó recado
A un doctor de mucha fama.
Oyó el nombre don Ruperto,
Y así añadió con frescura:
*Mandad despues otro al cura
Para que toquen á muerto.*

X.

Flaquezas humanas.

—
Dónde hay justicia en el mundo!...
Esclamaba un desdichado
Con sentimiento profundo;
Y oyéndolo don Raimundo
Le contestó.—*En el mercado.*

XI.

Oracion cristiana.

—
Inclinada la cabeza
Hacia su esposo difunto,

Una muger allí junto
Con santa devocion reza.
Mas si alguno que se quite
De aquel sitio, le amonesta,
*Estoy rezando, contesta,
Para que no resucite.*

VII.

Errar la vocacion.

—
A un tabernero un borracho,
Bebiendo un vaso de vino,
Sabes, le dijo, muchacho,
Que hemos errado el camino.
Vocacion, ya que me atizas,
De iglesia en los dos presumo,
*Tú, por lo bien que bautizas
Y yo por lo que consumo,*

XIII.

A unos mucho y á otros poco.

—
Un enano se quejaba
De su estatura á un jiboso,
Mientras este caviloso
De hito en hito le miraba.
Calló aquel no sin zozobra,
Y el giboso atento y fijo;
*A usted le falta, le dijo,
Todo lo que á mi me sobra.*

XIV.

Semejanza filial.

—
Si á su padre se parecen
Los hijos de doña Clara,
No es ciertamente en la cara,
Sino en lo mucho que crecen.

XV.

Respirar por la herida.

—
¿De los doce que cenaron,
Preguntó doña Maria,
Qué apostol fue en su agonía
Al que mas atormentaron?
Oyóla un borracho viejo,
Y le contestó festivo:
*Al que desollaron vivo
Pues se quedó sin pellejo.*

XVI.

La confesion.

—
Confesando con frai Lino
La inocente Soledad,
Acúsome, *padre*, dijo
Y confesó la verdad.

XVII.

Mentir en mala ocasion.

—
Un mal médico por cierto
De mil curas se jactaba,
Ante quien por él contaba
En su casa mas de un muerto.
Bien puede usted alabarse,
Le respondió amostazado;
Pues de los mil que ha curado
Ninguno ha vuelto á quejarse.

XVIII.

Mejor es algo que nada.

—
Con diez años de bufete
El abogado don Bruno,
En sus pleitos oportuno
Tan solo ha perdido siete.
—¿Y habrá ganado?.. —*Ninguno.*

XIX.

Unos van cuando otros vienen.

—
Vi á Cecilio antes de ayer
Con fúnebre gasa negra,
Pues se le han muerto su suegra,
Su cuñada y su muger.

¡Ay amigo, esto es cruel!
Me dijo entre duro y tierno;
Lastres se han ido al infierno
Cuando yo he salido de él.

XX.

No hay mal que por bien no venga.

Con esa joroba, Roque,
Tienes fortuna cumplida,
Porque con nadie en tu vida
Tendrás pendencia ni choque.
Como si tuvieras faldas
No se atreverá ninguno,
Pues si te hace burla alguno
Siempre será á tus espaldas.

XXI.

Afecciones astronómicas.

Preguntó, entre amigas, una
Por otra y por su marido:
—¿Cuándo tienen con la luna
Los dos mayor parecido?
Pensó un rato doña Elena
Y contestó diligente:
—*La muger en luna llena*
Y él en el cuarto creciente.

XXII.

Ver con los ojos abiertos..

Se todos tus pasos, Pepa
Le dice Anselmo á su prima,
¿Mas que extraño es que los sepa
Si siempre está el posma encima?



Si siempre está el poema enojado,
que que estruendo que los saques
1.º dice Andarino y no andaluz
Se tohan las cosas, Papa



Por otra y por se estruendo
Cada vez que viene con el viento
La que mayor que el viento
Papa en esta de la España
Y cuando el viento
Y cuando el viento

INDICE.

	Pag.
<hr/>	
<i>Salto de una pulga.</i>	7.
<i>La escalera del Palacio Real ó el Besamanos.</i>	79.
(MISTERIOS DEL MATRIMONIO.)= <i>Cenar mal y dormir.</i>	
<i>bien.</i>	90.
— <i>La paga.</i>	92.
— <i>Una dama de alto rango.</i>	97.
— <i>El bolsista</i>	101.
— <i>Un marido para todo.</i>	105.
— <i>Un retrato de su padre.</i>	111.
<i>A una coqueta.</i>	117.
<i>A una vieja.</i>	118.
<i>Los arrepentidos.</i>	119.
<i>Los siete pecados mortales.</i>	125.
<i>A una ingrata.</i>	126.
<i>Un desengaño de amor.</i>	127.
<i>Las moscas.</i>	131.
<i>Los diez mandamientos.</i>	137.
<i>A una Bizca.</i>	128.
<i>El entierro de la sardina.</i>	139.
<i>A un grande.</i>	145.
<i>Recuerdos.</i>	147.
<i>Noche de trifulea ó aventuras de un Andaluz.</i>	155.

D. Carpanta.	180.
Consejos á un pretendiente.	196.
A Paquilo.	191.
La partida de villar.	192.
El avaro.	197.
La venta de Eritaña.	201.
La plaza mayor de Madrid.	219.
A una Beata.	225.
El galguito ingles.	227.
A una fea retratada.	232.
Suspiros de amor.	233.
Los dulces.	237.
Adivina quien te dió.	244.
Epigramas.	249.

A ULTIMA HORA.

Importante.

Habiendo visto con el mas alto desagrado que un corto número de palabras díscolas y mal intencionadas, burlando nuestro celo y vigilancia, han tratado de turbar el orden y buen sentido en que antes se encontraban: habiendo observado al mismo tiempo con el mayor disgusto que se dice:

EMPUJABA (pág. 48 lin. 19) donde se decia; ENJUGABA.

LAS (pág. 49 lin. 7) en vez de LOS.

QUE AL DORMIDO MATRIMONIO (pág. 92 lin. 3) cuando solo debia ser AL DORMIDO MATRIMONIO.

EMBOZADA (pág. 97 lin. 10) en lugar de EMBOZADO.

DESBANADO (pág. 120 lin. 18) por DESBANADO. EUQ. (pág. 174 lin 16) debiendo de ser QUE.

CABAYERO (pág. 215 lin. 9) en lugar de CABAYEROZ.

ARREDAR (pág. 229 lin. 25) en vez de ARREDRA, y alguna otra que no hay necesidad de nombrar: y considerando por último lo perjudicial que seria al buen sentido é inteligencia de los pensamientos el dejar impunes tan escandalosos atropellos; despues de oido el parecer de personas doctas y entendidas en la materia, hemos venido en resolver y determinar lo siguiente.

ARTICULO UNICO. Todas las letras y palabras, puntos, comas, interrogaciones y admiraciones de cualquiera clase, sexo, edad y condicion que sean, que en el preciso término de tres horas no se encuentren en el lugar que les corresponde, quedan declaradas fuera de la ley.

En su consecuencia mandamos á todos nuestros lectores hagan volver á sus puestos respectivos á las que lleguen á encontrar estraviadas, bajo la pena, en caso de desobediencia, de no comprender su sentido verdadero. Lo que se pone en noticia del público para su conocimiento y efectos consiguientes.

Madrid 8 de Junio ect.

Yo por el Rey de España con Juan de Meléndez

